

Estudios y Perspectivas en Turismo

Volumen 14

Número 4

2005

ISSN 1851-1732



Centro de Investigaciones y Estudios Turísticos

ÍNDICE

Antropología, comunicación y turismo.

La mediación cultural en la construcción del espacio turístico 293

R. J. dos Santos

El territorio y sus perspectivas como fuente de recursos turístico.

Valores fundacionales del concepto “parque nacional” 314

N. Fortunato

Recuperación del patrimonio cultural como recurso turístico

El poblado alfarero de La Atalaya, Gran Canaria, España 349

M. P. Rodríguez Socorro

RESEÑA DE PUBLICACIONES ESPACIALIZADAS

Turismo entre el ocio y el Neg-Ocio..... 369

J. Norrild

ANTROPOLOGÍA, COMUNICACIÓN Y TURISMO**La mediación cultural en la construcción del espacio turístico de una comunidad de pescadores en Laguna, SC, Brasil**

Rafael José dos Santos*
Universidade de Caxias do Sul
Caxias do Sul - Brasil

Resumen: *Basado en la etnografía de una comunidad de pescadores artesanales ubicada en Laguna, SC – Brasil, este trabajo analiza al destino turístico como un espacio culturalmente construido, es decir, un producto de prácticas a la vez sociales y simbólicas realizadas tanto por visitantes como residentes y mediadas por representaciones del imaginario moderno entre las que se encuentran aquellas que constituyen la matriz de los géneros de ficción transmitidos por los medios masivos de comunicación. Mediante el énfasis de la dimensión simbólica, o sea del papel constitutivo del lenguaje y de los signos se llega a la crítica de los conceptos sustantivos de turista y turismo al igual que a los presupuestos utilitarios subyacentes en los atractivos naturales y culturales.*

PALABRAS CLAVE: *imagen y turismo, comunicación, antropología, semiótica.*

Abstract: *Anthropology, Communication and Tourism: Cultural Mediation in Developing an Environment for Tourism in an Artisan Fishing Community in Laguna, SC. Based on ethnography of an artisan fishing community in Laguna, SC, this paper interprets the tourism destination as a culturally constructed environment. It reflects the twofold impact of visitors and native practices -simultaneously social and symbolic- mediated by modern imaginary representations which include those that constitute a web of fictional genres transmitted by the mass media. By emphasising the symbolic dimension that is the formative role of language and signs it moves to a critique of substantive approaches toward tourists and tourism, as well as of the underlying utilitarian assumptions concerning the attractiveness of nature or culture.*

KEYWORDS: *imaginary and tourism, communication, Anthropology, Semiotics.*

* Antropólogo, Doctor en Ciencias Sociales, Profesor del Programa de Maestría de la Universidad de Caxias do Sul (UCS), RS, Brasil, e investigador del grupo CulTuS – Turismo, Cultura & Sociedade. E-mail: rafael@cipnet.com.br.

INTRODUCCIÓN

La antropología ya cuenta con más de cien años de historia pero el interés de los antropólogos por los turistas y el turismo es relativamente reciente. Se remonta a la década de 1970 cuando la consolidación del turismo de masas generó preocupación entre los científicos sociales debido a los cambios culturales generados en las pequeñas comunidades como consecuencia de la presencia de muchos visitantes. Como señala Nash (1996:8), los primeros estudios se caracterizaron por las ideas de “contacto cultural y cambio cultural” en la medida en que los destinos –las comunidades anfitrionas- estuviesen ubicadas en países periféricos, las formaran grupos étnicos minoritarios residentes en pequeñas localidades y cuya vida cotidiana girase en torno a la agricultura, la ganadería y la pesca artesanal.

La preocupación de la antropología por el turismo nació en función de comunidades que, por su posición subordinada, serían más susceptibles a la degradación social y cultural por la presencia de valores y prácticas exógenas modernizadoras portadas principalmente por el turismo y los turistas. Este fue el problema central de los ensayos teóricos y relatos etnográficos reunidos y editados por primera vez en 1977 bajo el sugestivo título “Anfitriones y Invitados – La Antropología del Turismo”, con el objetivo de establecer “la diferencia entre los papeles de la modernización y del turismo respectivamente dentro del proceso de transformación cultural” (Smith 1989: X). Las conclusiones de la propuesta apuntaron a relativizar el papel del turismo en los cambios culturales, teniendo en cuenta principalmente la presencia de los medios de comunicación masivos y de otros elementos similares. Aun más, en muchos casos las posibilidades de trabajo remunerado creados por el turismo permitían a la población local atender sus “demandas generalizadas por la modernización” incorporándose allí diferentes tipos de mercaderías (Smith 1989:X-XI).

Sin duda alguna y, sin discutir el mérito de las conclusiones de la coordinadora de *Anfitriones e Invitados*, la relación entre turismo y cambio cultural constituye un rico manantial de problemas socio - antropológicos tal como lo atestiguan innumerables relatos etnográficos realizados durante las tres últimas décadas. Lo mismo se puede afirmar sobre los medios de comunicación de masas y, de un modo más amplio, de la misma economía de mercado en la que está insertado el turismo.

Sin embargo, la constatación de los cambios culturales está lejos de agotar las posibilidades de la antropología como también de otros procesos en los cuales nuevas formas de mediación cultural se superponen, se funden e incluso sustituyen los sistemas simbólicos nativos engendrando nuevas prácticas y nuevos significados. Asimismo, el énfasis inicial en los cambios culturales dejó de lado al turista como agente de una experiencia cultural quien, como señala MacCannel (1999:9-18), muchas veces es reducido a un estereotipo dando como

resultado una situación en la cual “el turista no es observado sino juzgado” (Urbain 1989:107-108).

Las reflexiones que se presentan en este artículo se basan en un trabajo etnográfico desarrollado en una comunidad de pescadores artesanales del litoral sur de Santa Catarina, Brasil, que desde los años 1980 se está convirtiendo en un importante destino turístico, principalmente para los jóvenes que habitan en los grandes centros urbanos. Sin dejar de lado los cambios ocurridos en la localidad debidos a la presencia de visitantes y otros elementos de modernización, como el crecimiento de la pesca industrial y de los medios de comunicación masiva, se busca comprender principalmente estos cambios como creadores de nuevas modalidades de mediación simbólica, tanto para la experiencia de los residentes como de los turistas y, no menos importantes, las interacciones entre estos dos grupos de agentes sociales. Desde esta perspectiva, las representaciones inducidas por los diferentes géneros de la industria cultural como por la publicidad dejan de limitarse al papel de “modernizadores” para ser entendidos como elementos del imaginario contemporáneo o, en las palabras de MacCannel (1999:23), “modelos de ficción, idealizados o exagerados de la vida social” que brindan los datos de la experiencia cultural en la cual se encuentra la experiencia turística.

Desde el punto de vista de las tradiciones del pensamiento antropológico, este desplazamiento enfatiza los procesos concretos del cambio cultural hacia las dimensiones simbólicas de la experiencia turística. Se fundamenta en la opción teórica, es decir, la negación teórica de aquello que Sahlins (1979) denomina “razón práctica” a favor de un abordaje que privilegia la dimensión simbólica previa a la acción humana (1979:188-189).

Teniendo en cuenta este punto de vista se abren muchas posibilidades de análisis que a fin de cuentas vinculan la antropología y la semiótica. Continuando esta senda, este trabajo intenta en un primero momento identificar las mediaciones y estrategias simbólicas que transforman una localidad en un “lugar turístico”. En una segunda instancia remite al imaginario que muestra las prácticas de los diferentes agentes sociales. Finalmente, a manera de conclusión y registro de las observaciones para dar continuidad a la investigación, se apunta a la posibilidad de este tipo de análisis para la superación de algunos problemas relacionados con lo que provisoriamente se denominará la definición “esencialista” del turista y del concepto “utilitarista” del turismo. Lejos de pensar que con ello se genera alguna crítica inédita, la pretensión de este trabajo es más bien modesta: servir como balance del recorrido de una investigación además de posibilitar al autor un necesario diálogo con aquellos que recorrieron con anterioridad el camino.

EL ESPACIO COTIDIANO

La localidad debe su nombre al faro inaugurado por la Marina en 1891 en el Cabo Santa Marta, en el límite sur de Laguna, Brasil. Durante los primeros años del siglo XX llegaron las primeras familias quienes en su mayoría procedían de lugares próximos. Algunos de los pioneros habían trabajado en la construcción del faro y luego se radicaron para dedicarse a la pesca artesanal (Martins 1997:35). Para llegar al lugar es necesario atravesar una barra de mar que da origen a un gran complejo lacustre; luego se deben recorrer quince kilómetros de camino de tierra. Toda la región se encuentra separada del núcleo urbano de Laguna por lagunas que forman una especie de isla con una serie de localidades: Ponta da Barra, Passagem da Barra, Cigana, Campos Verdes y, finalmente, Farol. La población total de la región es de alrededor de 4.000 personas, viviendo aproximadamente un cuarto en el Cabo Santa Marta (Laguna 2003).

La villa Farol de Santa Marta creció en este relativo aislamiento. La mayoría de las casas se concentran en la parte sur, en los alrededores de la Prainha. En la parte norte se encuentra Praia do Cardoso, preferida por los surfistas y donde están los galpones utilizados por los pescadores para guardar sus barcos. Los turistas comenzaron a llegar a partir de los años 1970 y el flujo se intensificó a partir de los años 1980. Paralelamente al crecimiento del número de visitantes se incrementó la actividad de las empresas de pesca industrial en la costa de Farol, proceso que desde entonces se está extendiendo por todo el litoral del Estado (Lago 1996; 1999).

Las dificultades impuestas por la pesca industrial hicieron que el turismo se transformase en una fuente de ingresos para los pescadores artesanales, quienes principalmente alquilaban sus viviendas a los visitantes. Año tras año crecía el número de edificios: se construyen segundas residencias próximas a las primeras o se agregaban nuevas comodidades a las ya existentes utilizando muchas veces el recurso de “subir” las construcciones, no siendo los edificios que terminan obstruyendo la vista al mar las excepciones. Fuera de temporada las nuevas instalaciones eran utilizadas para alojar a los hijos que se casaban y también a otros familiares. Esta práctica de utilización del espacio llevó a una ocupación desordenada, sumado a serias consecuencias en lo referente a la infraestructura de saneamiento ya perjudicada por la falta de una apropiada red de desagüe que hace que las aguas servidas terminen sobre la arena de la playa y corran a cielo abierto en dirección al mar.

Durante la temporada las familias se mudaban a una misma casa, incluso a veces al galpón de pesca con el objeto de alquilar las comodidades a los turistas. Un pescador relató al autor lo siguiente:

... todos ellos aquí en Farol, son todos, ninguno se escapa, el faro entero, todos alquilan la casa [...] ah, ellos tienen una casa pequeña, tienen dos casas, es obligación hacer una pequeña, pero está la obligación de hacer (Entrevista concedida el 26/01/04).

Además de alquilar las viviendas, algunos lugareños y residentes invierten sus ahorros en pequeños negocios, en su mayoría en mercadería, bares y restaurantes. No existe en la región ningún emprendimiento turístico de gran porte, solamente un hotel, algunos campings y posadas, además de inmobiliarias que, en su mayoría, pertenecen a inversores de la región. En las arenas de la Praia do Cardoso el pescador Adilson transformó su galpón -utilizado durante el año para guardar su barco y equipo- en restaurante en el que además de servir mariscos también comercializa camarón y pescado para los turistas que se alojan en los alrededores. Adilson también permanece allí con su familia cuando alquila su casa a los turistas. Cada verano el espacio de la vida cotidiana se transforma en función de la llegada de los visitantes, instalándose a partir de allí otro "lugar": el "espacio turístico", construido a partir de las prácticas sociales y de las sensaciones generadas por los residentes y los visitantes en sus interacciones.

EL ESPACIO TURÍSTICO

La historia de Farol como espacio turístico es semejante, entre otros, a la de Troncoso y Porto Seguro, en Bahía; Canoa Quebrada, en Ceará; Trindade, en Río de Janeiro; y Garopaba, en el mismo litoral catarinense. En un sitio de Internet se hace referencia a la región de Farol como "el último reducto hippie de los años 1970" (AMPLESTUR 2004). A lo largo de los años 1970 y 1980 estos lugares eran buscados por los jóvenes de las grandes ciudades que deseaban alternativas que ya no podían ser experimentadas en los balnearios elegidos por las camadas intermedias que reproducían en estos lugares las prácticas de ocio y de consumo que caracteriza al turismo de masas.

Estos lugares mágicos de los años 1970 y 1980 se transformaban en espacios liminares si se tiene en cuenta la adecuación que hacen algunos autores del esquema del proceso ritual de Víctor Turner (1974) para analizar las experiencias turísticas. Pensado originalmente por Turner para estudiar los Ritos de Pasaje en las sociedades pre-industriales, el esquema ritual consiste en una fase de transición o de liminaridad en la cual los individuos son desvinculados de la vida cotidiana de la aldea a través, por ejemplo, de rituales de reclusión. Enseguida se pasa a la fase de *communitas*, es decir, una vivencia liminar colectiva de los individuos sometidos al Rito de Pasaje entre los cuales se establecen lazos sociales transitorios en contraposición a aquellos encontrados en la estructura de la sociedad, pudiendo incluso ocurrir cambios en los papeles sociales (Turner 1974:118-120). La finalización del proceso ritual se produce cuando se deshace la *communitas*, cuando los individuos son, entonces, reintegrados a la estructura social con un nuevo status. La analogía entre el proceso ritual y la experiencia turística consiste

en concebir al viaje y a la estadía como una situación de ruptura de la cotidianeidad es decir de la estructura, con una reorganización temporaria de las relaciones como por ejemplo, entre los participantes de una excursión (Nash 1996:40-43).

Los “reductos hippies de los años 1970” aparecían como espacios liminares en este sentido, o sea, espacios de vivencias alternativas en contraposición a determinadas estructuras. Incluso, el mismo Turner señala la posibilidad de ver las experiencias hippies en términos de liminaridad:

El acento puesto por los “hippies” en la espontaneidad, el inmediatez y a la existencia pone de relieve uno de los sentidos en que la “communitas” contrasta con la estructura (Turner 1974:138).

Para muchos turistas que viajan a Farol, en los significados atribuidos a la naturaleza –mar, costas, playa- se encuentran entrelazadas las ideas de “magia” y “energía”.

Yo encuentro eso aquí altos picos astrales, la energía, todo que se mueve aquí (Vendedora, 27 años).

A estas ideas mediadoras de la experiencia turística se asocia también la visión romántica que circula en los sitios sobre viajes respecto de la vida de los nativos:

Figura 1: Toalla con la figura de Bob Marley



Foto: Eduardo Manchón Arantes

Farol de Santa Marta es uno de esos lugares donde se tiene la impresión que el tiempo se detuvo (Guiadepraia 2004). También: *El Farol de Santa Marta emociona; encantos y magia de la naturaleza muestran claramente que Dios fue generoso con la comunidad de pescadores que habita ese paraíso desde el año 1909* (Tabloide alternativo 2004).

En el caso de Farol, el espacio turístico construido culturalmente como “mágico” pasó a ser espacio liminar de transgresión con la expansión del consumo de drogas: una *communitas* fundamentada fuertemente en la apropiación de signos del universo del *reggae*, cuyos agentes, los turistas, son en su gran mayoría jóvenes universitarios provenientes de los centros urbanos. El *reggae* se transformó en una especie de tema del lugar durante el verano. Sus signos –la figura de Bob Marley y los colores de la bandera de Jamaica- son sometidos a los más diversos usos y significados ya sea en la toalla de la playa ofrecido para ser consumida por los veraneantes (Figura 1) o en el cartel de la pizzería (Figura 2).

Figura 2: Cartel de la pizzería con el símbolo de Tao



Foto: Rafael José dos Santos

La connotación de un sentido *reggae* en la Figura 2 es realizada en una operación similar a la que Roland Barthes (1999:33) descubre en los anuncios publicitarios. En el mensaje simbólico, es decir en la imagen, se encuentran sentidos señalados con anterioridad: la “mística” del taoísmo y de la “brasiliénidad” del verde y el amarillo. En el caso del perfil negro, si quedase alguna duda sobre su sentido se la soluciona luego con el mensaje escrito: *reggae*. El juego de sentido se completa con el nombre de la localidad y de su símbolo, Farol: lugar

místico, una Jamaica brasileña que se permite el hábito urbano de consumir “pizzas, calzones y bocados”.

Con relación a la transgresión y las drogas, el espacio/tiempo de la *communitas* posibilita la liberación de las restricciones familiares tal como lo señalaba una estudiante de 21 años llegada de Florianópolis al referirse a Farol haciendo una comparación con otras localidades en las que acostumbra a veranear en compañía de sus padres:

Aquí yo no tengo un sope y no tengo a mi madre para que me fastidie y puedo aquí “legalize” totalmente y gira una balada fashion cool también que es una massa ir a todo eso de lo que hablé que yo me encarno así con lo visual que ahí también es una massa pero que es más aún que una massa (Entrevista concedida el 22/02/2004).

La apropiación del *reggae* aparece en la resignificación del verbo “to legalize”, utilizado de manera recurrente por el cantor y compositor Peter Tosh para la defensa de la despenalización de la marihuana. Uno de sus álbums, *Legalize it* (Virgina Records 1976), trae en la tapa al artista en medio de varios pies de *cannabis sativa*; en otro álbum, *Bush Doctor* (Rolling Stones Records 1978), la canción que da el nombre al disco dice:

Legalize marijuana /Down here in Jamaica /It can build up your failing economy /Eliminate the slavish mentality.

La apropiación de los signos del *reggae* señala hacia otra modalidad de la mediación de la experiencia turística. La imagen de Bob Marley y el estilo musical constituyen el repertorio de un imaginario joven, urbano, vinculado en Brasil a la práctica del surf. El sentido contestatario de la dominación racial blanca, componente fundador del movimiento *rastafari* en Jamaica, deja lugar a un nuevo sentido: el de la liberación de comportamientos individuales bajo la forma de la práctica de transgresión. Es en el conjunto de estas prácticas que se sitúa el consumo de drogas por parte de los turistas que es adoptado también por lo jóvenes nativos como se desprende de lo señalado por el pescador Zé Aléu para este trabajo:

(...) sí, esto aquí está minado [por las drogas]. Fue hace un tiempo para acá, tiene una chiquilinada ahí, pero tienen unos desocupados ahí que no hacen nada, no pesca, amanece al anochecer, sólo viene, come en casa y ... plancha [...] (Entrevista concedida el 13/12/004).

Yolanda Flores e Silva encontró el mismo tipo de observación nativa sobre las drogas durante su investigación en la Praia dos Ingleses, Florianópolis, SC. Según sus entrevistados:

... los jóvenes, un grupo de chiquilines pequeños aun, quieren saber solamente de drogas, comprar zapatillas de moda, andar hechos unos chiquilines, hijos de turistas (Flores e Silva 2001:190).

Sin embargo, la relación entre los jóvenes turistas provenientes del espacio urbanos con los jóvenes lugareños y el uso de drogas no puede ser comprendida simplemente en términos de un efecto de demostración relacionado con la visión reduccionista de aculturación. Aquí cabe la advertencia de Pierre Bourdieu (1983:39) respecto a la necesidad de *construir problemas sociológicos en oposición a los “problemas sociales”, el sentido común del periodismo y de la política*. En el caso de Praia del los Ingleses, Flores e Silva (2001:190) considera a la forma de hablar local como una explicación elaborada para expresar los cambios generados por el turismo, *se crea una necesidad de consumo que se convierte en un imperativo ya que se sienten avergonzados de ser vistos sólo como un grupo de nativos comunes*. Por lo tanto, de una estrategia simbólica de negación de una condición nativa a través de la adopción de una práctica interpretada como señal de un estilo de vida diferente.

Por lo tanto, bajo la óptica de la antropología, la cuestión de las drogas se desliga de la constatación concreta de imitación –y de la condición de “problema social”- para insertarse en el interior de un problema más complejo. Implica un abordaje de las relaciones (Bourdieu 2003:16) de turistas y nativos en contacto, es decir, como “actores sociales en negociación” (Giovannini Jr. 2001:151) insertados en un “espacio social multifasético” (Grünwald 2001:128). Desde este punto de vista, la problemática puede ser formulada en otros términos ¿cuáles son los signos que cada grupo escoge del universo del otro y qué significados buscan generar? En el caso de los nativos la preferencia parece encontrarse en los objetos de consumo, en la práctica del surf y en el uso de las drogas que funcionan como indicadores de modernidad. Por el contrario, los turistas optan por los signos de la vida opuesta a lo moderno. A partir de ese punto, ambas partes convergen en un proceso que no se limita al proceso simbólico, materializándose en prácticas sociales y culturales similares en sus formas pero cuyo sentido no puede ser interpretado a no ser partiendo de las referencias de cada grupo en particular y de su reciprocidad.

IMAGINARIO, COMUNICACIÓN Y MEDIACIÓN DE LA EXPERIENCIA CULTURAL

El repertorio de significados accionados por los agentes sociales en el espacio turístico se encuentra en un imaginario colectivo previo. En términos actuales es permeable a la publicidad y a los diferentes géneros de la industria cultura. En la relación entre las zapatillas y la vida urbana, por ejemplo, el turista ofrece al nativo simplemente la concreción de un signo ya aprendido anteriormente. Cabe recordar que la publicidad televisada se encuentra también en lo cotidiano de la pequeña comunidad de pescadores, como en el caso del guía de Tana Toraja

entrevistado por Valene Smith (1989:9) quien afirmaba “el turismo no es importante en nuestras vidas, vemos al mundo por la televisión todas las noches”.

Con respecto al turista y la asociación entre “villa de pescadores a orillas del mar” y “paraíso” se inserta en la historia del imaginario moderno, en la que lo “bucólico” y las manifestaciones del “pueblo” portador de una “autenticidad” innata se está convirtiendo en sus diversas manifestaciones desde el Romanticismo en un elemento significativo como antítesis de a modernidad.

Entre los románticos de todas las tendencias se admitía sin discusión que el “pueblo” –el campesino o el artesano pre-industrial- ejemplificaban todas las virtudes no contaminadas y que su idioma, canciones, leyendas y costumbres se convertían en el verdadero depositario del alma del pueblo (Hobsbawn 1981:288).

La representación romántica de la “autenticidad popular” es actualizada en los géneros de ficción de la industria cultural. Llegó a Brasil por una vía que pasa, entre otras, por las obras de Jorge Amado como *Mar Morto* (1999) que inspiró la telenovela *Porto dos Milagres* difundida por TV Globo en 2001. El personaje de Guma, representado por el actor Marcos Palmeira es la personificación del modelo idealizado del pescador como hombre de vida simple:

[...] Guma ama el mar y Livia también lo ama. El mar es bello así de noche, azul, azul sin fin, espejo de estrellas, lleno de luces de pequeñas embarcaciones, lleno de luces de brasas de pipas, lleno de ruidos de amor (Amado 1999:19).

La villa de pescadores como espacio “auténtico” también apareció en 1994 en la telenovela *Tropicaliente* grabada en Morro Branco, en el litoral cearense. En un texto de divulgación turística difundido por Internet se encuentra una referencia al hecho de que el lugar fue escenario de la telenovela, una “información” que actúa como valoración simbólica del espacio al mismo tiempo que le atribuía un sentido:

Las velas de las jangadas refuerzan el primitivismo del lugar que guarda un pedazo del paraíso. El lugar ya fue escenario de una película de Renato Aragão y de las novelas de Globo como Final Feliz (1982) y Tropicaliente (1994) (...) La empresa Globo tiene una relación tan estrecha con el lugar que finalmente denominó al lugar Praia dos Anjos como también se la conoce. Este y otros acontecimientos son puntos de referencia para los turistas que visitan Ceará (Fortalsmpa 2004).

El texto presenta al lugar –tanto en sus elementos explícitos (las “velas de las jangadas”) como implícitos (el “mar”)– como la antítesis de la modernidad a través de la idea de “primitivismo”. Es así como la publicidad valoriza simbólicamente las mercaderías al asociarlas

con representaciones idealizadas (Santos 1992). No menos significativa es la alusión al “paraíso”, tema recurrente en el discurso mediático sobre el turismo que llega al imaginario moderno mediante un itinerario histórico originado en las representaciones bíblicas. Es decir, diferente a la idea construida por la religión, el “paraíso” turístico:

(...) no es un estado perfecto y armonioso, pero si el jardín de las delicias rico en placeres, en deleites, en situaciones idílicas hechas a la medida y al gusto de cualquier persona dispuesta a aventurarse, a romper su cotidiano dando libertad a sus deseos y a las más extravagantes fantasías; pues de ahí no se es expulsado, por el contrario, se permanece y se disfruta de todo lo que puede ofrecer. Allí, el pecado y la serpiente no existen para interrumpir la permanencia en ese estado (Aoun 2001:117).

Los caminos y las representaciones que contribuyen al imaginario turístico son diversos, por lo que recurrir a los géneros de ficción ayuda a comprender aspectos importantes del *modus operandi* de este repertorio simbólico una vez que funciona a partir de:

(...) matrices culturales universales recicladas y transformadas en la cultura de masas; aparecen como elementos de conformación del imaginario contemporáneo y de la construcción de una mitología moderna: reposición arquetípica, aclimatación del padrón originario y un nuevo orden e instrumento de mediación de proyecciones e identificaciones en la relaciones con el público receptor (Borelli 1994:132).

Así, conceptos como “primitivismo”, “magia” y “paraíso pueden ser comprendidos como elementos universales originados, entre otros, en la religión o en el Romanticismo que pasan al imaginario, “sistema que se proyecta”, que se constituye como universo espectral y que permite la proyección mágica, religiosa o estéticas” en la terminología de Edgar Morin (1962:91-92). La dialéctica de proyección e identificación establecida con el público hace que los elementos del imaginario se conformen también como “modelos de cultura” (Morin 1962; Borelli 1994). Aquí existe una similitud con el pensamiento de MacCannel (1999), para quien los datos que muestran las “experiencias culturales” son “modelos de vida social” disponibles –no exclusivamente- en los productos de la comunicación de masas. Para este autor, la “experiencia cultural” -de la cual la experiencia turística forma parte- se estructura a partir de un *modelo* que la orienta (por ejemplo, un espectáculo como una carrera de automóviles), una *influencia* ejercida sobre el individuos (las sensaciones proporcionadas por la carrera) y un *medio* “que une al modelo con su influencia”. Además de eso: “los medios son cómplices en la construcción de las experiencias culturales, pero la estructura moral del medio es de tal volumen que asume la posición de ser neutra y desinteresada (MacCannel 1999:23).

Los significados creados por los jóvenes turistas en Farol se encuentran, entonces, más allá de la *communitas* que se construye durante la temporada: más que eso, son significados

que juegan un papel en la misma constitución y en los sentidos atribuidos y vividos en el espacio liminar. La idea de un “paraíso primitivo y mágico”, la percepción romántica del otro —el pescador y su cotidiano, así como las transgresiones asociadas al estilo de vida del universo reggae, son modelos disponibles en el repertorio de un imaginario que, antes de ser exclusivamente turístico, se asocia a la modernidad.

¿Qué puede suceder entonces cuando al final de una temporada se deshace la *communitas* y se impone la estructura? Es significativo lo que señala una estudiante universitaria del sur del país de 21 años, que durante una temporada en Farol conoce a un nativo con quien después convivió. Con el paso del tiempo ella terminó confrontándose con las exigencias tradicionales en relación con el papel de las mujeres de la comunidad, hecho que la llevó a cuestionar otros aspectos de la cultura local, inclusive la autenticidad del comportamiento de los nativos durante el verano:

(...) aquí se explota a la mujer, el hombre aquí no hace nada, pesca y considera que es lo máximo [...] ellos tienen ese pequeño mundo cerrado propio, con sus propias leyes, sus propias reglas y la televisión y la radio y la propia embarcación en verano que va para allá, tiene tal influencias en sus vidas que hasta me da rabia! ¿Por qué se dejan influenciar tanto y al mismo tiempo preservan tanto la cultura? ¿Porqué en el invierno son tan cerrados y en el verano son tan abiertos?! Ellos cambian, tienen dos personalidades diferentes. Incluso mi enamorado, lo conocí durante el verano y lo encontré una persona genial, querida, mira solo, lleva una buena vida, una visión abierta. No ¡! Es una fachada que ellos crean para dejar es impresión. La galera se va, parece que ellos quedan más fuertes, ellos quieren mantener más ese asunto de... de ellos. Ahí vuelve la galera.... Ah, no, puedo quedarme con quien yo quiero, puedo hacer lo que yo quiero, tipo así... (Entrevista concedida el 11/04/04).

Este parte de la entrevista revela, más allá de la ruptura de la “magia” en desde la perspectiva de la joven, que la experiencia liminar no es exclusiva de los turistas, sino que comprende también a quienes viven en la localidad, que a su vez también vuelven a la estructura de la vida cotidiana con sus valores y con su visión del mundo. Es verdad que éstos no desaparecen ni quedan suspendidos durante la *communitas*: ellos permanecen en la situación liminar, se modifican en las interacciones posibilitadas por la relación de alteridad. Así es posible pensar que al final de cada temporada la estructura es retomada, pero ya no es aquella anterior a la condición liminar: esta es una constatación básica para comprender los cambios culturales traídos por el turismo, en particular en aquellas experiencias en las cuales ocurre la interacción cara-a-cara entre visitantes y pobladores locales (Nash 1996).

CONSIDERACIONES FINALES

Abordar los cambios culturales en la región del Farol de Santa Marta, al igual que el resto de cualquier proceso cultural, requiere de matices que no pueden ser resueltos con fórmulas dicotómicas, con el riesgo de perder de vista inclusive los mecanismos propios de la dominación simbólica y económica que se pretende esclarecer. La idea de una cultura nativa que se deshace ante la asimilación de la cultura del turista, más poderosa en su “esencia” y que se encuentra en su forma más completa en los estudios de la “plataforma de advertencia” (Jafari 1994) subestima tanto las estrategias de resistencia y negociación accionadas por la población local, como oscurece el sentido de las acciones de que los turistas son los agentes.

El raciocinio esencialista aplicado al turismo lleva a equívocos semejantes a aquellos que por mucho tiempo dificultaron la comprensión del papel de la comunicación de masas en las sociedades periféricas. Alfredo Bosi (1987:10) al comentar el impacto de la cultura de masas generada en los EEUU sobre la cultura popular de Brasil llama la atención al hecho de que “la cultura de masas ya es colonizadora en sus procesos y en sus centros de origen. Invade, ocupa y administra el tiempo del reloj y el tiempo interior del ciudadano, importándole poco las fronteras nacionales. En otras palabras, no se debe a que la cultura de masas es “extranjera”, oriunda en sus formas del país que detenta la hegemonía imperialista y que se transforma automáticamente en una fuerza que quita las raíces y desintegra las costumbres nacionales. Tal lógica supone una esencia de origen –enunciada como “la” cultura norteamericana-, oscureciendo el hecho de ser ella también una construcción cultural en su origen, cuya función de dominación simbólica somete a los propios norteamericanos (Ewen 1976; Santos 1997).

En un raciocinio similar, las prácticas sociales de las que los turistas son portadores no podrían caracterizar a una cultura esencial para el turista. En primer lugar, porque bajo las designaciones genéricas de “turismo” y “turista” se encuentra una diversidad heterogénea de prácticas sociales y culturales como lo muestran las diversas tentativas de elaboración de tipologías (Nash 1996; Smith 1989; Santana Talavera 1997). En segundo lugar pero no menos importante, porque a la luz de las ciencias sociales la cultura no puede ser comprendida a partir de lo que Pierre Bourdieu (2003) denominó “modo de pensar sustancialista” y que consiste en:

(...) tratar las actividades o preferencias propias de ciertos individuos o a ciertos grupos de una cierta sociedad, en un determinado momento como propiedades sustanciales insertadas de una vez por todas en una especie de “esencia” biológica o –lo que no es mejor- cultural (Bourdieu 2003:17).

Con respecto a la construcción cultural del espacio turístico, la superación del esencialismo pasa necesariamente por la comprensión de las mediaciones simbólicas que operan e instituyen este espacio como tal. Esta óptica lleva a otro orden de problemas relacionado con

las definiciones de lo que es y no es “turístico”: sol, mar, arena, cielo azul, playas cubiertas de verde. La naturaleza se muestra a la fruición turística, pero al ser enunciada de esta manera ella ya niega ser literal, mostrándose como un significado culturalmente construido, es decir, connotado, utilizando una apropiación (salvaje) de la semiología de Roland Barthes (1990:37). Así como en la publicidad “la imagen denotada naturaliza la imagen simbólica” y “hace inocente el artificio semántico, en los diversos discursos mediáticos sobre el turismo es la propia naturaleza que aparece “naturalizada”.

Sin embargo, una expresión como “belleza natural ya implica un proceso de atribución de sentido, ratificando el segundo principio según el cual “ninguna cosa es o tiene movimiento en la sociedad humana, excepto por el significado que los hombres le atribuyen” (Sahlins 1979:189). Esto parece ser un buen comienzo para una reflexión antropológica sobre la construcción cultural del espacio turístico: retirar del mismo cualquier esencia “turística” ya sea natural o artificial y que lleva de inmediato a una concepción utilitaria del turismo y de sus espacios.

En algunas sistematizaciones de tipologías se encuentra la idea recurrente de “materia prima de la oferta turística”, es decir, de recursos naturales o artificiales que pueden potencialmente atender ciertas demandas motivadas por “necesidades” (Andrade 1998). No hay como dejar de señalar en estos casos un cierto funcionalismo utilitario, una fijación en el valor de uso de la naturaleza y de la cultura:

La intensa actividad humana y los desgastes que de ella se desprenden llevaron a la sociedad misma a buscar recursos capaces de proveer a los individuos de los medios necesarios par alcanzar muchas de sus aspiraciones, entre las que se encuentra la práctica del ocio y del turismo, cuyas principales motivaciones son: deseo de evasión, necesidad de evasión, espíritu de aventura, adquisición de status, necesidad de tranquilidad, deseo o necesidad cultural, deseo o necesidad de compra (Andrade 1998:89-90).

El “recurso” turístico es visto aquí tal como la mercadería es presentada en el inicio de la clásica argumentación de Marx (1982:41): “un objeto externo, una cosa que por sus propiedades satisface necesidades humanas de la naturaleza que fuere, el origen de las mismas provengan del estómago o de la fantasía”. El presupuesto utilitarista sirvió al propósito marxista de revelar el proceso de producción capitalista en el cual “los valores de uso son, al mismo tiempo, los medios materiales del valor de intercambio, siendo este última la expresión de las relaciones sociales de producción (Marx 1982:43). Sin embargo, como señala Marschall Sahlins, esta presunción termina por recrear la idea de utilidad, oscureciendo el hecho de ser producto de un atributo de significado cultural: “El valor de uso no es menos simbólico o menos arbitrario que el valor mercadería. Porque la “utilidad no es una cualidad del objeto, sino un significado de las cualidades objetivas (Sahlins 1979:189).

En otras palabras, la afirmación de una cualidad intrínseca de la mercadería (valor de uso) afecta su naturalización, es decir, oscurece el hecho de que la utilidad es en sí mismo una determinación cultural. De la misma manera, atribuir a los recursos naturales o artificiales cualquier cualidad “turística” intrínseca correspondería a una “naturalización de la naturaleza y/o de la cultura, es decir, ocultar el hecho de que ellas solamente se hicieron atractivas porque adquirieron significados culturales. De esto se desprende que la naturaleza no se ofrece al hombre para atender sus necesidades, sino como materia prima significativa de producciones de sentido que preceden y determinan las diversas formas culturales de la relación entre el hombre con el medio natural, inclusive aquellas prácticas reunidas bajo la denominación genérica de turismo.

Aquí interesan menos las críticas de Sahlins a Marx. Otros autores como Baudrillard (1972) y MacCannel (1999) recorren caminos semejantes sin restar relevancia al análisis contenido en *El Capital*, traspasando también el presupuesto utilitarista. El primero hace referencia a la “superación de la visión espontánea de los objetos en términos de necesidades, de la hipótesis de la prioridad de su valor de uso “a través del “valor de cambio-signo” (Baudrillard 1972:11). El segundo ve en el análisis marxista, en particular en la idea de *fetichismo*, un esbozo de la “semiótica” que posibilitó, a pesar de la falta de intención de Marx, el descubrimiento del carácter simbólico de la mercancía, es decir “su capacidad de organizar significados y no querer hacer cosas que van más allá de las necesidades individuales (MacCannel 1999:20).

Por lo tanto, no es la naturaleza o lo que existe de artificial en una localidad que irá a caracterizarla, incluso potencialmente, como turística. Previo, el espacio turístico será una construcción cultural: el “sol”, los “barcos de pescadores”, el “mar”, la “villa”, la “arena”, la “pesca” y la “playa” constituyen entre muchos otros significantes sujetos a diferentes significados, muchos de ellos ligados al imaginario moderno en el que los géneros ficcionales ejercer un papel dominante si bien no exclusivo.

No obstante, estos sentidos intervinientes sólo pueden ser aprehendidos completamente en el cotidiano del encuentro entre turistas y anfitriones: la Antropología y la Comunicación cumplen consecuentemente un papel central en los estudios contemporáneos de los fenómenos turísticos

Agradecimientos: A las colegas Margarita Barretto y Susana Gastal por el constante diálogo y al estudiante-becario Eduardo Manchon Arantes, compañero de trabajo de campo a quien debo muchos de los datos aquí presentados. Este trabajo fue presentado originalmente en el Núcleo de Investigación “Comunicación, Turismo y Hospitalidad” durante el IV Encuentro de los Núcleos de Investigación de la Sociedad Brasileña de Estudios Interdisciplinarios de la Comunicación (INTERCOM) realizado en Porto Alegre, Brasil del 31 de agosto al 3 de septiembre de 2004.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS**Amado, Jorge**

1999 *Mar morto*. Record, Rio de Janeiro

Amplestur

2004 *Litoral Sul*. Disponible en < <http://www.amplestur.com.br> >. Visitado el 03/04

Andrade, José Vicente

1998 *Turismo: fundamentos e dimensões*. Ática, São Paulo

Aoun, Sabáh

2001 *A procura do paraíso no universo do turismo*. Papirus, Campinas

Barretto, Margarita y Banducci Jr. Álvaro (Orgs.)

2001 *Turismo e identidade local: uma visão antropológica*. Papirus, Campinas

Barthes, Roland

1990 *O óbvio e o obtuso*. Nova Fronteira, Rio de Janeiro

Baudrillard, Jean

1972 *Para uma crítica da economia política do signo*. Martins Fontes, São Paulo

Borelli, Sílvia Helena Simões (Org.)

1994 *Gêneros ficcionais, produção e cotidiano na cultura popular de massa*. INTERCOM/CNPq/FINEP, São Paulo

Bosi, Alfredo

1987 *Plural, mas não caótico*. In Bosi, Alfredo (Org.). *Cultura brasileira: temas e situações*. Ática, São Paulo

Bourdieu, Pierre

2003 *Razões práticas*. Papirus, São Paulo

Bourdieu, Pierre

1983 *Sociologia*. Ática, São Paulo (Grandes Cientistas Sociais 39)

Ewen, Stuart

1976 *Captains of consciousness: advertising and the social roots of the consumer culture*. McGraw-Hill, New York

Fortalsampa

2004 *Programação perto de Fortaleza: Morro Branco*. Disponible en: < <http://www.fortalsampa.hpg.ig.com.br/programacofortal.htm> >. Visitado el 23/05

Flores e Silva, Yolanda

2001 *Pobreza, violência e crime. Conflitos e impactos sociais do turismo sem responsabilidade social*. In Barretto, Margarita e Banducci Jr, Álvaro (Orgs). *Turismo e Identidade Local: Uma Visão Antropológica*. Papirus, Campinas, pp. 175-194

Giovannini Júnior, Oswaldo

2001 *Cidade presépio em tempos de paixão. Turismo e religião: Tensão, negociação e inversão na cidade histórica de Tiradentes*. In Barretto, Margarita y Banducci Jr. Álvaro (Orgs.). *Turismo e Identidade Local: Uma Visão Antropológica*. Papirus, Campinas, pp. 149-175

Grünewald, Rodrigo de Azeredo

2001 Turismo e o "resgate" da Cultura Pataxó. In Barretto, Margarita e Banducci Jr. Álvaro (Orgs.). *Turismo e Identidade Local: Uma Visão Antropológica*. Papirus, Campinas, pp. 127-148

Guiadepraias

2004 Farol de Santa Marta – SC. Disponible en: < <http://www.guiadepraias.com.br> >. Visitada el 03/04

Hobsbawm, Eric J.

1981 A era das revoluções. Paz e terra, Rio de Janeiro

Jafari, Jafar

1994 La cientifizacion del turismo. *Estudios y Perspectivas en Turismo* 3 (1):7-36

Lago, Mara Coelho De Souza

1996 Modos de vida e identidade: sujeitos no processo de urbanização da Ilha de Santa Catarina. Editora da UFS, Florianópolis

Laguna. Secretaria Municipal De Saúde

2003 SIAB: Sistema de Informação de Atenção Básica. Consolidado das Famílias Cadastradas do Ano de 2003. Laguna

MacCannel, Dean

1999 *The tourist: a new theory of the leisure class*. University of California Press, California

Martins, Celso

1997 Farol de Santa Marta: a esquina do Atlântico. Ed. Garapuvu, Florianópolis

Marx, Karl

1982 *O capital*. Crítica da economia política. Difel, São Paulo

Morin, Edgar

1962 *L'esprit du temps*. Grasset, Paris

Nash, Dennison

1996 *Anthropology of tourism*. Pergamon, New York

Sahlins, Marshall

1979 *Cultura e razão prática*. Zahar, Rio de Janeiro

Santana Talavera, Agustín

1997 *Antropología y turismo ¿ nuevas hordas, viejas culturas?* Ariel, Barcelona

Santos, Rafael José dos

1997 Globalização e americanidade: o caso da publicidade no Brasil dos anos 30. *Revista USP* (32): 44-55

Santos, Rafael José dos

1992 *A Publicidade e a representação de juventude: Um estudo sobre os mecanismos da produção publicitária*. Dissertação de mestrado. Universidade Estadual de Campinas/Instituto de Filosofia e Ciências Humanas. Campinas

Smith, Valene (Ed.)

1989 *Hosts and guests. The Anthropology of tourism*. University of Pennsylvania Press

Tabloideal alternativo

2004 Farol de Santa Marta. Disponible en: < <http://www.tabloidealalternativo.com.br> >. Visitado el 03/04/

Turner, Victor W.

1974 *O processo ritual: estrutura e anti-estrutura*. Vozes, Petrópolis

Urbain, Jean-Didier

1989 *The tourist adventure and his images*. *Annals of Tourism Research* 16(1):106-118

Recibido el 04 d diciembre de 2004

Correcciones recibidas el 14 de febrero de 2005

Aceptado el 18 de febrero de 2005

Arbitrado anónimamente

Traducido del portugués

EL TERRITORIO Y SUS REPRESENTACIONES COMO RECURSO TURÍSTICO

Valores fundacionales del concepto de “parque nacional”

Norberto Fortunato*

Universidad Autónoma de Entre Ríos

Sede Villaguay - Argentina

Resumen: Este trabajo está dedicado al análisis de los valores fundacionales del concepto de “parque nacional” durante su etapa de origen e institucionalización en la esfera de acciones nacionales estatales en Estados Unidos y la difusión de tales significaciones en Argentina, como una contribución al estudio de la génesis y el desarrollo de saberes territoriales y ambientales y a la producción de nuevos conocimientos para el aprovechamiento turístico integral de las áreas naturales protegidas. A través del relato del proceso histórico de desenvolvimiento de ideas, políticas públicas y prácticas adscriptas a la temática “parques nacionales”, su propósito principal es identificar el conjunto de valores asociados originalmente a estos emprendimientos, a efectos de delinear una agenda de reflexiones para el dimensionamiento de sus significaciones presentes y futuras.

PALABRAS CLAVE: territorio, nación, parques nacionales, conservación, civilización, soberanía, turismo, valores naturales y valores culturales.

Abstract: *The Landscape and its Representations as a Source of Tourist Revenues. Core Values of the Concept “National Park. This paper focuses on an analysis of the core values of the “national park” concept during the early years of the national park movement and its later institutionalization in the context of national government policy efforts in the USA as well as the growing awareness of the specifically Argentine dimension of this topic. In describing the historical development of the ideas, public policies and practices associated with the concept of “national parks” this paper's main objective is to identify the cluster of values associated originally with these undertakings, preparatory to a discussion of the present and future meaning of the term “national parks”.*

KEYWORDS: *landscape, national parks, conservation, tourism, natural and cultural values.*

INTRODUCCIÓN

Según la perspectiva del organismo gubernamental a cargo de su administración, los parques nacionales argentinos (y otras categorías de áreas naturales protegidas) cumplen un abanico de funciones específicas mutuamente relacionadas: la conservación de muestras de

* Licenciado en Demografía y Turismo por la Universidad Argentina J. F. Kennedy (Buenos Aires, Argentina) y Magíster en Políticas Territoriales y Ambientales Facultad de Filosofía y Letras . (Universidad de Buenos Aires). Actualmente se desempeña como profesor en la Universidad Autónoma de Entre Ríos, Sede Villaguay, Argentina. E-mail: nfortunato@ciudad.com.ar

unidades naturales, el resguardo de hábitats de especies en peligro de extinción y la preservación de grandes escenarios naturales (APN 2000).

En el plano internacional, la “Convención para la Protección de la Flora, de la Fauna y de las Bellezas Escénicas Naturales de los Países de América”, celebrada en Washington D.C. en 1940, aprobó la definición de distintas figuras de áreas naturales protegidas tales como “parques nacionales”, “reservas naturales” y “monumentos naturales” (Costantino 1972: 13).

Asimismo, la “Convención sobre la Protección del Patrimonio Natural y Cultural” celebrada en 1972 por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura significó la puesta en marcha de un programa de reconocimiento de áreas naturales protegidas. Entre aquel año y la actualidad, la creación de figuras tales como “sitios de patrimonio de la humanidad”, “sitios hemisféricos”, “sitios *ramsar*” y “reservas de biosfera”, otorga a cada nación miembro el derecho a recibir cooperación técnica y económico-financiera y exige el deber de cumplimentar con las normas conservacionistas promovidas para tales fines (UNESCO 2000).

El turismo, tanto en el plano nacional como internacional, el turismo es una de las actividades humanas asociada estrechamente al uso de estas áreas naturales protegidas. La mayoría de los atractivos de alta jerarquía no creados por el hombre están localizados en estos distritos especiales con el propósito de su conservación para las futuras generaciones.

Ante tales apreciaciones, “parques nacionales”, en un sentido acotado, o “áreas naturales protegidas”, en un sentido de mayor amplitud y adecuación al lenguaje contemporáneo, es actualmente un campo de referencia temática principalmente ambiental. Por lo tanto, si visualizáramos el presente como resultado del desarrollo lineal y continuo del pasado (en un sentido teleológico), nuestro interés debería centrarse únicamente en aquellas iniciativas vinculadas a preocupaciones hoy aceptadas bajo la denominación genérica de “conservacionistas”. Sin embargo, asumir inmediatamente como verdadera dicha perspectiva implicaría adoptar un planteo historiográfico inadecuado. La reconstrucción retrospectiva del surgimiento y la evolución de ideas, políticas públicas y prácticas (actualmente cohesionadas alrededor de la conservación de la naturaleza) mediante el rescate de una producción asumida como antecedente de su caracterización actual (y a partir del supuesto básico de su preexistencia en el pasado), significaría aceptar una tradición temática a menudo inexistente (Souto 1996).

Cabe agregar que, por una parte, no existe una acepción unívoca acerca de la idea de conservación de la naturaleza: en tanto que para las ciencias biológicas significa “*asegurar aquellas condiciones necesarias para la evolución de una comunidad natural*”, en las ciencias económicas prevalece la noción de “*limitar el uso de los recursos naturales hoy para disponer*

de ellos mañana" (Oelschlaeger 1991: 419 y 420). Pero, además, sea una u otra la acepción considerada, las definiciones de conservación mencionadas no habrían constituido la preocupación central durante la etapa fundacional de los parques nacionales.

En 1872 el gobierno de Estados Unidos de América creaba el primer parque nacional del mundo en la región del río Yellowstone. En el transcurso de las tres décadas siguientes, otras diez porciones territoriales del "*far west*" habían sido conservadas bajo igual denominación. No es casual la adjetivación usada por los norteamericanos. Los parques fueron llamados "nacionales" y no federales, por su ámbito de dependencia administrativa, ni naturales, silvestres, salvajes o de una manera análoga, según su fase de desarrollo distintivo. A partir de la difusión del concepto elaborado por los norteamericanos, otros países establecieron sus primeros parques nacionales durante la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. A modo de ejemplo, en 1885 Canadá creó la Reserva de Banff, posteriormente declarada parque nacional; Nueva Zelanda, en 1887, el Parque Nacional Tongariro; el Congo Belga, en 1925, el Parque Nacional Virunga; Sudáfrica, en 1926, el Parque Nacional Kruger, originalmente concebido como una reserva de caza (Ise, 1961). Para la misma época, Argentina –país precursor en América Latina en la creación de áreas protegidas- fundaba sus proyectos conservacionistas Nahuel Huapi e Iguazú bajo la influencia mencionada.

El proceso conducente a la conservación del Yellowstone estuvo caracterizado por la intervención de sujetos e instituciones vinculados principalmente a la exploración territorial. Territorio, como "ámbito terrestre localizado" (Escolar 1993: 7), y territorialidad, como "intento para el ejercicio efectivo del poder" (Sack 1986: 19), serán nociones transversales para la comprensión del proceso mencionado.

Tres principios dieron originalmente forma al concepto de esta nueva figura jurídico-espacial: la propiedad pública federal de las tierras involucradas, la valoración estética de paisajes considerados singulares y la estrecha relación establecida entre el territorio puesto a resguardo y el ámbito geográfico e histórico de conformación de la identidad de la nación. Más *invención social* que *innovación ecológica*, el proyecto norteamericano estuvo dirigido a la conservación del "*wilderness*", ambiente considerado escenario fundacional del carácter nacional, representado por la figura del "*pioneer*" y sus cualidades arquetípicas como hombre de frontera (Nelson, Needham y Mann 1978: 9).

A partir de esta primera instancia de conservación deliberada de la naturaleza en el marco del interés nacional estatal, hacia fines del siglo XIX y principios del siglo XX, habiéndose conquistado el oeste, la protección de otras porciones del territorio constituirá una contribución efectiva a la construcción de una identidad nacional que la sociedad norteamericana irá asumiendo paulatina y masivamente. Producto de las aportaciones de Emerson y Thoreau, las obras de numerosos artistas enrolados en la corriente del romanticismo y las teorías

desarrolladas por Turner acerca del papel de la frontera en la conformación del carácter de los norteamericanos, los símbolos nacionales fueron reelaborados alrededor del mito fundacional del *wilderness*. La íntima conexión establecida entre la vida en el desierto y el desarrollo de condiciones deseables del carácter nacional era una forma novedosa de interpretar el avance de la “civilización” llevado a cabo a través de la conquista y colonización del oeste. Pero, además, reforzaba la idea del surgimiento de una nueva nación al separar a los norteamericanos de sus orígenes europeos.

En el contexto mitológico-ideológico mencionado, la creación de parques nacionales será vista como una estrategia adecuada para el mantenimiento de una “frontera permanente”. Si la conquista definitiva del oeste había significado su desaparición, el establecimiento de áreas naturales protegidas contribuiría a conservar para la generaciones futuras el escenario de conformación del carácter nacional norteamericano (Nash, 1967).

Este concepto originario de “parque nacional”, influiría decisivamente en los proyectos conservacionistas fundacionales de otros países, más allá de las particularidades del proceso de conformación territorial de cada Estado-Nación moderno.

La enunciación de la temática conservacionista estuvo situada en Argentina alrededor de los proyectos Nahuel Huapi e Iguazú. Estas propuestas, fundadas en los albores del siglo XX, fueron protagonizadas por hombres que gozaban de marcado prestigio entre sus contemporáneos. En tanto que la idea de creación del Parque Nacional Nahuel Huapi fue enunciada por Francisco Pascasio Moreno, naturalista y explorador de estrecha vinculación con ámbitos institucionales relacionados al dominio territorial, y continuada por Bailey Willis, ingeniero y geólogo norteamericano contratado por el gobierno nacional para la ejecución de obras de infraestructura tendientes al desarrollo de la región patagónica, el proyecto del Parque Nacional Iguazú estuvo originado en una iniciativa gubernamental que, con igual propósito para la región noreste del país, encomendó su diseño técnico a Charles Thays, arquitecto y paisajista de origen francés radicado en nuestro país y vinculado a obras de urbanización, parquización y saneamiento ambiental. Ambos proyectos fundacionales de áreas naturales protegidas reconocen a la experiencia norteamericana como su principal fuente de inspiración. Tres décadas después del origen de la temática “parques nacionales”, Exequiel Bustillo, abogado de profesión, liderará el proceso de su institucionalización y dio continuidad a una postura conservacionista de fuertes connotaciones territoriales. (Benjamín y Gutiérrez 1985).

Los parques nacionales pueden ser vistos en sus orígenes como distritos especiales que, junto a aquellos valores vinculados a la conservación de la naturaleza, jerarquizaron otras significaciones (simbólicas, espirituales, geopolíticas, estéticas y económicas) funcionalmente adecuadas para contribuir al proceso de conquista conceptual y material del territorio. Ayer, el turismo y los turistas (como uso y tipo humanos íntimamente relacionados con el territorio)

constituyeron novedosos instrumentos para la apropiación de espacios considerados vacíos de civilización. Hoy y en el porvenir, podrían contribuir a la pervivencia de la memoria del proceso de conformación territorial.

YELLOWSTONE Y OTROS PARQUES NACIONALES “TEMPRANOS”

Abiertas las rutas entre el este y el oeste, ante el miedo a los ataques de los indios, unos pocos “hombres blancos” habían visitado la región del río Yellowstone durante las primeras seis décadas del siglo XIX. Tales incursiones estaban motivadas principalmente en la búsqueda de pieles. (Swerdlow 1998: 2).

Según relata Nash, en su obra *“Wilderness and the american mind”* (1967), bajo liderazgo del capitán William Reynolds, en 1860 la expedición de la *Corps of Topographic Engineers* fracasó en su intento de penetrar una región que, hasta aquella década, permanecía prácticamente como *terra incógnita* para los norteamericanos. Sin embargo, a pesar del escaso número de exploradores, la cuantiosa información difundida acerca del Yellowstone iría generando un interés creciente para los residentes del entonces Territorio de Montana.

Una nueva expedición partiría de Helena durante el verano de 1869 encabezada por David E. Folsom, Charles W. Cook y William Peterson. Sus posteriores informes harían referencia a la serie de cascadas y cañones del río Yellowstone y a las espectaculares erupciones de los géiseres del área, estimulando la planificación de una expedición de mayor envergadura para el verano siguiente.

Cornelius Hedges y Nathaniel P. Langford participarían de la empresa llevada a cabo en 1870. Ambos, si bien eran originarios del este, habían frecuentado Montana desde inicios de la década anterior. A su regreso de la expedición, luego de haber permanecido alrededor de un mes en la región, liderarían el movimiento promotor de su conservación enunciando los principios que darían posteriormente forma al concepto de “parque nacional”. Durante una animada discusión acerca del valor de los recursos naturales, Hedges manifestaba en referencia al área del Yellowstone recientemente visitada:

Me parece que Dios hizo esta región para que todo el pueblo y todo el mundo vea y se regocije para siempre. Es imposible que alguna persona llegara a pensar que podría adueñarse de algo de esta tierra, como de su propiedad y de su provecho. Este gran bosque no nos pertenece, sino que pertenece a América; nunca debe ser cambiado, obligándonos a mantenerlo siempre sagrado, como se lo ve ahora, a fin de que los americanos puedan saber cómo fue de espléndida esta América primitivamente, qué hermosa y maravillosa (cit. en Costantino 1972: 14).

Hedges, en anticipación a su futura demanda turística y como modo de evitar la especulación privada, enfatizaba la necesidad del mantenimiento de la propiedad pública federal de un área apreciada por sus valores estéticos. Pero, desde su perspectiva, estaban indisolublemente unidas las ideas de conservación de la naturaleza y mantenimiento de una referencia identificatoria colectiva de base fundamentalmente territorial, expresada como “americanidad”.

Langford, por su parte, intentaría persuadir a los congresales respecto de la necesidad de su conservación mediante la difusión de las singulares atracciones del sitio.

Hedges y Langford, -no obstante enfatizar aspectos diferentes- coincidían en la concepción del futuro parque nacional como unos pocos acres alrededor de los géiseres y a lo largo del cañón del río, de manera tal de ponerlos a resguardo de su degradación o destrucción y garantizar la posibilidad de contemplar sus paisajes. Luego de un nuevo viaje realizado durante el invierno del año siguiente, y abocado a generar una opinión pública favorable en el este acerca de la necesidad de creación del parque, Langford escribió una serie de artículos periodísticos: *Daily Morning Chronicle*, Washington D.C., 20 de enero de 1871; *New York Times*, New York, 22 de enero de 1871; *Scribner's Monthly*, en este último caso, con ilustraciones del cañón del río Yellowstone y los géiseres característicos del área. Si bien sus lectores demostraron un marcado interés en el asunto, sus palabras resultaban difíciles de creer. La mera descripción escrita y las ilustraciones alusivas a las maravillas del Yellowstone no aseguraban su existencia. Ferdinand Vandiveer Hayden, director de la *Geological and Geographical Survey of Territories* a cargo de sus expediciones científicas anuales, estaba en posición de testear y convalidar (o no) los dichos de Langford. Incluida la zona del Yellowstone para el viaje de 1871, Hayden persuadió a Thomas Moran, artista del paisaje, y a William Henry Jackson, pionero de la fotografía de escenas exteriores, para que lo acompañaran en su experiencia y aportaran imágenes como pruebas irrefutables de lo observado por los expedicionarios.

The New York Times, en su editorial de la edición del 18 de septiembre de 1871, se refirió vagamente y sin darle demasiada importancia a las cualidades de “desierto” del Yellowstone, en tanto que otro periódico, el *New Wonder Land*, dijo que el lugar estaba caracterizado por “atracciones limitadas a inusuales fenómenos naturales como los géiseres. No mucho más”.

Más allá de las opiniones de la prensa, un nuevo actor evidenciaría un marcado interés en la región del Yellowstone: la *Jay Cooke and Company*, socio financiero de la *Northern Pacific Railroad*. En el mes de octubre un representante de Cooke escribió a Hayden para convencerlo de la necesidad de su liderazgo en una campaña destinada a promover la creación de la reserva “*The Great Geyser Basin*” como parque público “*para siempre*”. Convertido Yellowstone en una meca vacacional nacional, la empresa ferroviaria sería la única línea de transporte para

acceder al área y la explotación de un servicio monopólico redundaría en grandes beneficios para la compañía. En otras palabras, la oportunidad del transporte masivo de sus futuros visitantes explicaba su apoyo al establecimiento del parque nacional.

El 18 de diciembre de 1871 el Congreso dio inicio a las deliberaciones acerca de la conveniencia de creación del parque. El debate se focalizó en la necesidad de proteger "*curiosidades marcadas y bellezas raras*" de los reclamos privados. "*Tesoros demasiado valiosos* deben ser propiedad de la Nación para disfrute y bienestar de todo el pueblo y para la protección de sus recursos biológicos". Sin embargo, la estrategia principal no estuvo dirigida a demostrar su significación mediante la afirmación de los valores del futuro parque como área silvestre, sino a justificar su creación por la negación de atributos para la agricultura y la ganadería. Su descripción como "*una tierra demasiado alta y demasiado fría*" situó la argumentación en su inutilidad para usos tradicionales. Para aquella época, el oeste era visto por la mayoría de los norteamericanos como algo a ser explorado, domesticado y colonizado, aprovechado para la extracción de minerales, la explotación forestal y el establecimiento de haciendas y granjas. Por lo tanto, para la mayoría de aquella época, el vasto "*desierto*" era valorado por los riquezas materiales que podría producir. Carecía de todo sentido proteger la región del Yellowstone si ésta fuera potencialmente apta para su aprovechamiento económico.

El 1 de marzo de 1872, durante la presidencia de Ulises Grant, era creado el Parque Nacional Yellowstone sobre una superficie de dos millones de acres situada cerca de las nacientes del río homónimo. El nombre adoptado para el área deriva de "*mi tsi a da zi*", expresión de la tribu Minnetaree para referirse al río como "*roca amarilla*", yellowrock, que luego derivaría en yellowstone, "*piedra amarilla*".

El nuevo parque quedó bajo exclusivo control de la Secretaría del Interior, repartición pública federal que debería disponer las reglamentaciones correspondientes para la conservación de sus condiciones naturales. Asimismo, la norma establecía que tales reglas debían "*evitar el deterioro de sus bellezas escénicas y la depredación de su flora y fauna como así también determinar y poner en marcha aquellas obras necesarias para el acceso y la permanencia de sus visitantes*" (Acta del 42º Congreso de los Estados Unidos, Sección II, Capítulos 21 - 24).

A partir de esta primera instancia de conservación deliberada de la naturaleza en el marco del interés nacional estatal, hacia fines del siglo XIX y principios del siglo XX, habiéndose conquistado definitivamente el oeste, el proceso de creación de nuevos parques nacionales reforzará su concepto original. La conservación de ciertas porciones del territorio contribuirá a la construcción de una identidad nacional que la sociedad norteamericana iría asumiendo paulatina y masivamente. En el período comprendido entre el establecimiento del Parque Nacional Yellowstone y 1910, otras diez áreas localizadas en el "oeste" del país fueron

declaradas parques nacionales: Yosemite, Sequoia y Kings Canyon, 1890 (California); Mount Rainier, 1895 (Washington); Crater Lake, 1902 (Oregon); Wind Cave, 1903 (Dakota del Sur); Sullys Hill, 1904 (Dakota del Norte); Platt, 1906 (Oklahoma); Mesa Verde, 1906 (Colorado); Glacier, 1910 (Montana).

William Howard Taft, entonces presidente norteamericano, envió un mensaje al parlamento el 2 de febrero de 1912, urgiendo el establecimiento de un “*bureau of National Parks*”. Transcurridos cuatro años de aquella iniciativa, el 25 de agosto de 1916 era creado definitivamente el *National Parks Service*, durante el mandato presidencial de Thomas Woodrow Wilson (Ise 1961).

“WILDERNESS”, FRONTERA Y NACIÓN

El desierto había presentado en los mitos griegos, romanos y medievales, el desierto había presentado dos imágenes antitéticas. Una, la de la felicidad, de la isla bienaventurada, del paraíso. El lugar y el tiempo antes del pecado, libre de maldad. Otra, la del infierno, de la oscuridad, de la muerte. El lugar vacío de hombres, de la soledad, de las tinieblas. Ambas imágenes del desierto, paraíso e infierno, con sus respectivas cargas morales, estuvieron presentes en distintos momentos y alternativamente en los mitos fundadores de la América “blanca, anglosajona y protestante”. Bajo el nombre de “*wilderness*”, estas representaciones sociales fueron adecuándose a cada fase particular de su historia y nutriendo el imaginario nacional del pueblo norteamericano (Marienstras 1988).

Mitos fundadores y metáforas espaciales

El estudio de las representaciones sociales es una contribución decisiva para comprender las relaciones del hombre con el medio circundante. En tanto sistemas de interpretación reguladores de nuestra relación con el mundo y con los otros, las representaciones sociales orientan y organizan las conductas y la comunicación social, interviniendo en procesos tan distintos como la difusión y asimilación de conocimientos, el desarrollo individual y colectivo, la definición de las identidades personales y sociales, la expresión de los grupos y sus transformaciones (Saltalamacchia 1992: 78 y 79).

Frederick W. Turner, en su obra “*Beyond Geographie. The western spirit against the wilderness*” (1980), define al mito como la más elemental de las expresiones humanas, reveladora de los misteriosos orígenes de la historia y de la cultura de la humanidad. “*La base del mito es el miedo y la sumisión al aún oscuro misterio de la ‘Vida’. (...) Debe ser mirado como una respuesta para la adaptación del hombre a su ambiente, quien acomoda sus fuerzas a fuerzas mayores*”. Turner, en acuerdo con la perspectiva psicoanalítica de Carl Jung, manifiesta que el hombre moderno lleva consigo el antiguo pasado mítico como una fuente de

sabiduría. Vehículo no consciente de significaciones ligadas al sentido de la vida humana y a la naturaleza interna del universo, el mito, en tanto alegoría de fuerte contenido moral, es revelador de un mundo particular y dictador de conductas a seguir, encerrando un delicado equilibrio entre las fuerzas del bien y del mal, imponiendo creencias y revelando certidumbres en las incertidumbres. El mito, forma de pensamiento colectivo por excelencia, no es una cuestión de creencia ni de conocimiento, sino un acuerdo con las imágenes primordiales del inconsciente (Turner F. W. 1980: 9 - 18).

Los mitos llamados “fundadores” actúan como punto de referencia común para enunciados que afectan el estatuto y la condición de millones de hombres, dando lugar a un devenir identificable como historia. Las tierras, las costumbres y los hábitos de los pueblos están diferenciados: el mundo revelado no es uno, sino el mundo propio y otros mundos ajenos, expresando, de manera aproximada, la mentalidad colectiva de una época y permitiendo la aceptación intelectual y social de aquello que de otra manera sería experimentado como incoherente.

Las visiones míticas fundadoras legibles y vivientes en los discursos y prácticas de un grupo social particular, al corporizar sus más profundas inclinaciones, son proveedoras de creencias acerca de un destino compartido y generadoras de un compromiso personal para su cumplimiento, imponiendo patrones de comportamiento para los miembros de una comunidad.

El vínculo entre las visiones míticas y el lenguaje está constituido por las metáforas. En su artículo titulado “*Grounding metaphor: towards a spacialized politics*”, Smith y Katz (1980) manifiestan que las metáforas, invocando un sistema de significados, intentan explicar otro. “En tanto que el primero (*‘source domain’* o dominio fuente) es concreto y evoca lo familiar, el segundo (*‘target domain’* o dominio objetivo) es intangible. A través de las metáforas, eventos, experiencias y relaciones no familiares son transformados en familiares, otorgando transparencia a la opacidad.

Para el caso particular de las metáforas espaciales, sin intención de discutir su validez como recurso del lenguaje ni de trazar una separación entre espacio material y espacio metafórico en un dualismo irreal, los autores mencionados han observado que su uso está estrechamente vinculado a concepciones específicas y desafiantes del espacio que conllevan consecuencias políticas propuestas y, a menudo, no propuestas (Smith y Katz 1993).

En el proceso de apropiación territorial, sujetos e instituciones relacionados de maneras distintas con los intereses estatales -en el caso norteamericano, aquellos vinculados particularmente a la conquista del “*lejano oeste*”- recurrieron a la conceptualización de vastas extensiones pretendidas como ámbito de dominación a través de la metáfora del “desierto”.

En un trabajo dedicado al análisis del concepto mencionado, Lois (1999) expresa que el anclaje de esta imagen estaba basado en una transferencia tácita de ciertas características del significado literal y original que, estableciendo una relación de sinonimia nunca fundamentada entre “territorios en manos indígenas” y “desierto”, ponderaba de este último el rasgo de “espacio vacío, deshabitado”, y en una operación no explícita, lo hacía extensible a “vacío de civilización”. Para la autora, aunque resulte llamativo denominar “desierto” a un área caracterizada por una presencia de indígenas constantemente reconocida, puede suponerse que la existencia de formas de organización social, económica y política incongruentes con los parámetros de aquellas formas de organización del mundo capitalista occidental habilitaba a generalizar la acepción figurativa.

Asimismo, cabe recordar que, según los cánones del positivismo decimonónico, la ausencia de civilización era entendida como un vacío. El criterio de apropiación -y de legitimación de la apropiación- suponía que “*la estatalidad se imponía sobre la nada*”. Esto, significativamente, ponía fuera de la discusión la cuestión indígena y situaba al desierto como escenario óptimo para la civilización. O, en otras palabras, el desierto constituía el desafío de un vacío que debía ser llenado (Lois 1999).

Yendo en otra dirección, Svampa manifiesta que el empleo de la noción de civilización, si bien suponía una asociación con otras ideas afines, entrañaba el descubrimiento de su reverso, su lado opuesto, aquel estado del cual ella provenía y al que había superado: la barbarie. En efecto, las dos acepciones del término civilización, es decir entendida como movimiento de la humanidad hacia un ideal o como un estado de la sociedad, implicaban automáticamente la existencia de una barbarie original. El término *bárbaro*, acuñado por los griegos, era usado para designar al extranjero, aquel que no pertenecía a la *polis*, definición que, si bien tuvo primeramente alcances políticos, luego adquiriría connotaciones culturales. Durante la Antigüedad tardía, *bárbaros* fueron las tribus invasoras que devastaron el Imperio Romano. Hacia el siglo XVIII, el contra-concepto fue utilizado tanto para indicar la existencia de un estado anterior, en el cual permanecían otras culturas, contrapuestas al estado actual de las sociedades europeas, como para designar la alteridad. *Bárbaro* es así un vocablo a través del cual no se define sino que se califica al *otro*, estigmatizado por aquel que se sitúa desde una civilización comprendida como valor legitimante. Cargada de un poder movilizador, y prontamente fuente de legitimación de toda suerte de poder, resultaba normal que las distintas escuelas o tendencias ideológicas se disputaran su monopolio, pues la civilización se transformó en criterio por excelencia de todo juicio” (Svampa 1994: 19 - 21). En “*Les Temps de la Reflexión*”, Starobinski escribe respecto de las nociones de civilización y barbarie:

Un término cargado de sacralidad demoniza su antónimo. La palabra civilización, si ya no designa más un hecho sometido a un juicio, sino más bien a un valor incontestable, entra en el arsenal verbal de la alabanza o de la acusación. Ella deviene un criterio por excelencia: se

juzgará en nombre de la civilización. Se debe tomar partido, adoptar su causa. Ella se transforma así en motivo de exaltación para todos aquellos que responden a su llamado. O, inversamente, ella funda una condena: todo lo que no es civilización, todo lo que se le resiste, todo lo que la amenaza, toma la figura de monstruo y de mal absoluto. En el calor de la elocuencia es posible reclamar el sacrificio supremo en nombre de la civilización. Lo que quiere decir que el servicio o la defensa de la civilización podrán, en el caso de un fracaso, legitimar el recurso a la violencia. El anticivilizado, el bárbaro, debe ser neutralizado en su nocividad, si no puede ser educado o convertido" (cit. en Svampa 1994: 20).

En efecto, la civilización es legitimada por la estigmatización de su contrario. Portadora de un *valor incontestable*, a fines del siglo XIX la filosofía del progreso y de la civilización sustentó la ideología de la colonización y abrió las puertas del mundo bárbaro a diferentes países auto-investidos de una *misión civilizadora* sobre los pueblos juzgados menos evolucionados. Como afirma Lippi Oliveira,

Las imágenes sobre el Oeste estuvieron ligadas al tipo de sociedad que las producía. La sociedad agrícola produjo la idea de jardín; la sociedad industrial veía al Oeste como lugar salvaje. Pero era frente a este lugar salvaje que la civilización se afirmaba. Era como si la civilización precisase de lo salvaje contra lo cual ella se distinguiría. Al definir al indio como salvaje ya estaría decretando su destino. Era el estadio atrasado que debía ser superado por el americano blanco. Era el avance inevitable de lo más bajo hacia lo más alto, de lo más simple hacia lo más complejo (Lippi Oliveira 1994: 18).

En el contexto mitológico-ideológico mencionado y en su realidad política, económica y social, la sociedad norteamericana hizo propia hacia finales del siglo XIX la convicción de que el Oeste, desde los Montes Apalaches hasta el Océano Pacífico, constituía la mayor riqueza jamás distribuida antes al hombre civilizado (Slotkin 1986). Sin embargo, en palabras de José Luiz Barbosa, esta grandeza físico-continental de los Estados Unidos no es una construcción natural como insinúa la imagen ofrecida por los mapas escolares.

Es realización humana. Geografía construida como 'destino manifiesto', como ideario de extender la 'comunidad americana' hasta el Pacífico. Esoterismo cargado de principios expansionistas y convertido en pragmatismo, a través de adquisiciones y anexiones territoriales realizadas por la Unión al oeste de los montes Apalaches [...]. La exhuberancia de la 'Naturaleza' en América hacía despertar, desde las profundidades del 'imaginario colectivo', el mito del wilderness (Barbosa 1998).

Turner, la frontera y la excepcionalidad del pueblo norteamericano

Frederick Jackson Turner (1861-1932) sistematizó la estrecha relación existente, según su perspectiva, entre el *wilderness* y la formación del carácter nacional. Fuertemente influenciado por Comte y las ideas neolamarckianas y admirador de los estudios antropogeográficos de Ratzel (Bassin 1993: 479 y 480), en su obra "*The frontier in american history*" (publicada originalmente en 1893), Turner desarrolló dos tesis complementarias para explicar la condición fundacional de la conquista del oeste para la nación norteamericana: una, referida a la frontera y otra, a la excepcionalidad de su pueblo. Establecida una íntima conexión entre la vida en el desierto y el desarrollo de condiciones *deseables* referidas al carácter nacional, Turner haría un llamamiento dramático a la sociedad norteamericana ante la paulatina desaparición del *wilderness*. Pero, además, estaba proponiendo una forma de interpretar la conquista del oeste y una manera de separar a los norteamericanos de sus orígenes europeos, para reforzar la idea del surgimiento de una nueva nación. En la perspectiva turneriana, la interacción con el medio geográfico, la estrecha relación entre la historia local y regional con la historia nacional y la presentación del llamado *hombre común* como centro de la escena social norteamericana, concurrirían a la conformación de un carácter propio para la nación.

El uso del término *frontera* está referido a dos procesos históricamente simultáneos: la fijación de los límites de carácter interestatal o internacionales y los avances de ocupación sobre territorios sometidos a lógicas de organización política, económica y cultural pre-existentes al Estado nación, en la que estos ámbitos geográficos son presentados como *vacíos, despoblados, desiertos*.

Centrado en esta última acepción, la presencia del *wilderness* y el avance civilizatorio llevado a cabo a través de la conquista y colonización del Oeste son elementos claves para explicar el desarrollo norteamericano. La existencia de *territorios abiertos a la expansión y a la conquista* como tierras de oportunidades habían permitido su ocupación por grupos sociales diferenciados tanto desde el punto de vista étnico como en sus formas de organización política, económica y social. Para Turner F. J. 1986 *La frontera es la línea de más rápida y efectiva americanización*. El desierto ha apelado a los hombres como a una página en blanco sobre la cual ha escrito un nuevo capítulo en su lucha para lograr una sociedad mejor. El pionero transforma al desierto pero el resultado no es la vieja Europa sino un producto nuevo, un producto americano. El ambiente natural dominó al conquistador, se hizo su dueño, y en las difíciles condiciones de vida impuestas, el hombre de la frontera fue capaz de desarrollar el vigor necesario para su supervivencia. En su movimiento siempre hacia el Oeste, los norteamericanos podrán escapar de la decadencia y, simultáneamente, renovar su virtud. (Lippi Oliveira 1994).

Esta tesis turneriana concibe implícitamente a la frontera como “línea imaginaria” y como “lugar”. En su primera acepción, la frontera conceptualizada como línea imaginaria es materializada a través de la cartografía y asumida como representación del proyecto territorial de avance sobre los ámbitos geográficos pretendidos de dominación y como fuerza capaz de imponerse sobre los actores involucrados. Al mostrar la separación entre el mundo civilizado y aquel otro “no incorporado” a la civilización, refuerza el carácter “progresista” del proyecto de apropiación territorial. En su segunda acepción, la frontera conceptualizada como lugar es asumida, con una serie de particularidades específicas, como continente de un conjunto de sujetos, instituciones, prácticas y modos de vida que se dan allí y no en otro lugar. Para Turner la frontera había sido ámbito del enfrentamiento entre la civilización y la barbarie y escenario de constitución de la fuerza social y el contenido ideológico fundacional de la nación norteamericana.

En palabras de Hofstadter, [...] *la dimensión básica de la imaginación americana es espacial. La pasión por el espacio y el movimiento, motor invocado en términos populares para el desarrollo de Estados Unidos, es mérito de Turner.* Esta concisa apreciación es clave para la comprensión del espacio como fuente creadora de mitos y de sus íconos de mayor fuerza y causa de la profusión de metáforas espaciales en el marco de discursos de carácter eminentemente políticos y de sus prácticas derivadas. La sucesión de imágenes atadas a la argumentación expuesta es casi automática. *Entre una dimensión histórica (tiempo) y una dimensión geográfica (espacio), la elección es irremediabilmente obvia* (cit. en Kearns 1984). En la misma línea de argumentación, Dorothy Ross afirma que la sociedad norteamericana podría desarrollarse más en el espacio que en el tiempo (Ross 1984).

En auxilio de la tesis de la frontera, Turner elaboró la de la excepcionalidad norteamericana. En una suerte de determinismo geográfico sobre la política y la economía, la cantidad y la cualidad de las tierras libres incorporadas mediante la conquista del Oeste, habrían de preservar el carácter democrático de la estructura agraria y de las instituciones republicanas. Las vastas extensiones territoriales, libres y listas para ser colonizadas, habían provisto las condiciones necesarias para la movilidad social y constituían una invitación a la construcción de un futuro promisorio para la sociedad norteamericana que no podía ser ofrecido por Europa.

Para Turner, la historia del país era concebida linealmente como la progresiva realización de la voluntad de Dios y de las virtudes originales: el individualismo, la democracia y el autogobierno. El proceso de avance de la frontera norteamericana había cumplido fundamentalmente funciones políticas e identitarias que la diferencian de la Vieja Europa. América, al crear un nuevo tipo de república democrática, estaría libre de las dolencias del viejo continente. En una interpretación retrospectiva de base evolucionista, fundada en la existencia de una relación casi directa entre territorio y conformación de la nación norteamericana, Turner

identificó a la democracia como mediación. A través de una base epistemológica biologicista, el autor legitima científicamente su propuesta de determinismo ambiental, como explicación causal tanto del desarrollo histórico como de la formación de la nacionalidad americana (Bassin 1993: 476).

En su perspectiva, es posible distinguir diferentes protagonistas en el avance de la frontera. Los primeros actores intervinientes estarían ligados a la “barbarie”, representada por el indio y el cazador. Su conformación finalizaría con la entrada del mercader a la escena para dar lugar a la “civilización”, la que sería continuada por el desarrollo de las actividades pastoriles, por el aprovechamiento extensivo del suelo con el cultivo de maíz y trigo sin rotación, por el cultivo intensivo en colonias agrícolas más pobladas y luego por la organización industrial. Estas clases de actores vinculados a actividades económicas específicas son proveedoras de una tipología de frontera en la que cada uno de ellos actúa como el motor fundamental de la expansión en los distintos movimientos de avance territorial.

La sucesión de diferentes agentes en la formación y consolidación del avance de la ocupación del oeste es completada con la hipótesis de la “recapitulación”, uno de los elementos centrales para la definición de la peculiar relación entre frontera y la nueva sociedad americana. Turner, en base a esta idea formalizada por Haeckel y llevada a las ciencias sociales por Spencer, sostenía que la historia de cada sociedad debería ser vista como una serie de recapitulaciones del proceso universal de evolución social. En el caso de la sociedad norteamericana, el avance de la colonización hacia el oeste significaba el establecimiento de una nueva frontera y con ella, la constitución de un nuevo sujeto nacional. El proceso se iniciaría una y otra vez. En un continuo resurgimiento, era asegurada su renovación y evitado el envejecimiento característico de las sociedades europeas.

TERRITORIO, NATURALEZA Y REPRESENTACIÓN PATRIÓTICA

Entre la Guerra Civil y el final del siglo XIX, los norteamericanos vivenciaron un período de profundas transformaciones: una sociedad esencialmente rural iría rápidamente convirtiéndose en una compleja sociedad urbana.

El desierto había sido abierto a la producción con apoyo del gobierno federal. Las empresas agrícolas eran transformadas mediante su mecanización y la introducción de capital intensivo. El tendido del ferrocarril y de líneas telegráficas eran instrumentados como vehículos difusores de civilización.

Amenazada efectivamente la existencia del *wilderness* por la fuerza avasalladora de la industrialización, su paulatina pero inexorable desaparición precedió al surgimiento de una corriente llamada a promover su conservación. Si la “civilización del desierto” significaba la

pérdida del ambiente geográfico e histórico donde se había forjado el carácter nacional norteamericano (representado en las cualidades arquetípicas del pionero), la creación de parques nacionales contribuiría a mantener el escenario fundacional de la nación para ser apreciado por las generaciones futuras.

La antigua percepción del desierto como ambiente hostil había dado paso a otra como ambiente favorable. El lugar de la barbarie, antes militantemente enfrentado, ahora debía ser conservado. Como paradoja, si en el pasado la civilización había debido protegerse de la barbarie, para el futuro, el país salvaje debía ser protegido de la civilización. Sin embargo, sin la existencia del desierto no hubieran existido los pioneros: el arquetipo del héroe norteamericano era únicamente explicable en su relación con el *wilderness* y las condiciones de vida impuestas sobre el hombre de la frontera; por otra, aquella oposición efectiva y efectista establecida entre héroe y villano nacional (pionero y aborigen, respectivamente) era reevaluada: el héroe era tan vital a la escena como el villano. Más aún: quizás su villanía no fuera tal, en vista de las “cualidades admirables” producidas por el contacto con el desierto.

Para la primera década del siglo XX, el debate acerca de los valores del desierto trascendería los círculos artísticos, políticos e intelectuales hasta popularizarse. Convertida en una cultura de la nación norteamericana, la estima por los hombres de la frontera se extendería a gran parte de la sociedad hasta incluir su entorno natural. En una instancia final, “*el wilderness iría transformándose paulatinamente en naturaleza*” (Oelschlaeger 1991: 68).

Contribuciones del romanticismo y del trascendentalismo

Durante el siglo XIX, el mundo occidental había asistido al surgimiento del romanticismo, amplio movimiento artístico situado fundamentalmente alrededor de las manifestaciones literarias y musicales. Como una reacción en contra de las ideas mecanicistas y fuertemente antropocéntricas del iluminismo y sus consecuencias prácticas, esta corriente era resultado directo de la urbanización y la industrialización. Si bien la utopía romántica no hizo la menor mella en las fuerzas económicas que durante toda aquella época apresuraron el proceso de dominación y expoliación de la naturaleza, crearía un imaginario social acerca de lo que en ella era deseable y por lo tanto digno de ser protegido. Una reivindicación romántica por excelencia era la “*vuelta a la naturaleza*”, siendo ésta considerada como fuente de virtudes tales como la belleza, la pureza y la inocencia, valores abandonados por una sociedad rendida al progreso material. Tales apreciaciones, emanadas del romanticismo, constituirían uno de los principales antecedentes del conservacionismo (Reboratti 1999: 145 y 146).

A modo de ejemplo, Estwick Evans, un artista de las letras representativo del romanticismo norteamericano, escribía al respecto:

¡Cuán grandes son las ventajas de la soledad! ¡Cuán sublime es el silencio de las energías siempre activas de la naturaleza ! Hay algo en el nombre verdadero del desierto que seduce el oído y calma y endulza el espíritu del hombre. Hay religión en esto (cit. en Nash 1967: 44).

Junto a esta corriente artística, otra importante contribución para la conformación de una nueva imagen del desierto fue efectuada por el “trascendentalismo”, movimiento filosófico, religioso y político de inspiración kantiana surgido en Estados Unidos entre 1830 y 1836 como primera corriente ideológica propia de las ex colonias inglesas independizadas. Las ideas de Ralph Waldo Emerson (1803-1882) y Henry David Thoreau (1817-1862), sus principales representantes, influirían decisivamente en la idealización del primitivismo, la revalorización de la vida en contacto con la naturaleza y la consideración de “lo salvaje” como fuente de valores despreciados por la civilización. A modo ilustrativo, Emerson, en su obra “Naturaleza”, publicada originalmente en 1836, afirmará:

Naturaleza, en el sentido corriente, se refiere a las esencias no modificadas por el hombre: el espacio, el aire, el río, la hoja del árbol. [...]. La naturaleza nunca muestra una apariencia vulgar. Ni el más sabio de los hombres puede arrancarle su secreto ni es capaz de calmar su curiosidad descubriendo toda su perfección. [...] Si las estrellas aparecieran una noche en mil años, ¡cómo creerían en ellas los hombres y las adorarían, y preservarían por muchas generaciones el recuerdo de la ciudad de Dios que les fue mostrada!” (Emerson 1999: 15 - 17).

Thoreau, por su parte, en “Walden. La vida en los bosques”, obra originalmente aparecida en 1854, reflexionará:

Encontré en mí un instinto que me llevaba hacia una vida más alta o espiritual, según suele decirse, como lo tiene la mayoría de los hombres, y otro instinto que me llevaba hacia un nivel más primitivo y salvaje. Guardo respeto por ambos (Thoreau 1999: 12 y 13).

La ciudad y la pluma de sus pensadores y escritores, es decir, situaciones urbanas e intereses filosóficos y artísticos (y no, como podría suponerse, el desierto y el hacha de sus pioneros) fueron quienes promovieron una nueva imagen del *wilderness* y reemplazaron sus repulsiones por acercamiento.

En la marcha hacia el Oeste, el avance civilizador era proporcional a la desaparición del desierto de la escena social norteamericana y a la instalación de una fuerte sensación colectiva de tristeza por la pérdida del *wilderness*. Como indicador de un duelo de alcance nacional, numerosos escritores se habían volcado hacia el tema de la frontera y la figura del indio era reivindicada como símbolo de las virtudes americanas. La transformación de las representaciones del desierto, de infierno a paraíso, y del indio, de villano a héroe, constituyeron el ingrediente principal de obras clásicas de la literatura norteamericana, tales

como “*Kentucke*”, de Filson y la figura de *Daniel Boone*, ejemplo de la novedosa relación de armonía establecida entre el hombre blanco y el indio en la inmensidad del Oeste.

Sin embargo, como refuerzo de esta nueva representación colectiva del *wilderness*, las cualidades hostiles anteriormente adscriptas al desierto fueron transferidas a las ciudades. El ambiente urbano fue caracterizado como oscuro, tenebroso, hostil, producto de una civilización decadente.

Los títulos de algunas obras literarias de la época son indicadores elocuentes de la transferencia mencionada. “*The city wilderness*”, de Robert A. Woods, publicada en 1898, aludía metafóricamente a Boston. “*The jungle*”, de Upton Sinclair, aparecida unos años después, hacía referencia a los horrores de Chicago. Los monstruos del desierto habían sido reemplazados por otras figuras temerarias, fuertemente vinculadas a la civilización urbana, tales como “*Wall Street*”, los “*trusts*” o el “*gobierno invisible*”.

No obstante ello, dicho proceso de transformación de las representaciones colectivas referidas al *wilderness* no estuvo exento de contradicciones. Para el pionero -arquetipo del hombre de frontera en la conquista del Oeste- la conservación del desierto era una idea absurda. La fuerza de la civilización reclamaba para sí las tierras salvajes y más allá del valor de su conservación, sus promotores debían admitir la necesidad de introducir aquella inmensidad a la economía del capitalismo. En la perspectiva de los pioneros, esta ambivalencia no era materia de discusión. El dilema acerca de su aprovechamiento económico o conservación no constituía únicamente una cuestión filosófica, sino que alcanzaba un plano práctico con respecto a los proyectos para la ocupación de la tierra conquistada.

En la confrontación de estas apreciaciones, los norteamericanos comenzaron a profundizar su reflexión acerca del *wilderness*. Hacia finales del siglo XIX y principios del siglo XX, la discusión acerca del significado del desierto, situada alrededor de las posiciones utilitaristas y conservacionistas, iría transformándose en una cuestión de interés nacional (Nash 1967: 97 y 98).

Roosevelt, la naturaleza y el interés nacional

Figura destacada del Partido Republicano, Theodore Roosevelt (1858-1919) fue el vigésimosexto presidente de Estados Unidos de América.

Durante su gestión, entre 1901 y 1909, asignó un lugar preponderante a las políticas de conservación y explotación racional de los recursos naturales. Debido a su entusiasmo por el oeste y por la historia de los pioneros, Roosevelt se sentía orgulloso porque Estados Unidos había sido el primer país del mundo en la conservación del desierto. En 1903, siendo ya

presidente, hizo una gira por los Parques Nacionales Yellowstone y Yosemite. Volvió deleitado al apreciar que estos escenarios salvajes, testimonios de la vida en el desierto y la frontera, todavía eran conservados sin ser depredados, para beneficio de las generaciones futuras. En su opinión, América necesitaba del mantenimiento de estos remanentes del ambiente de los pioneros. Las reservas del desierto servirían a este propósito, proveyendo *una frontera perpetua* y manteniendo a los norteamericanos en contacto con las condiciones de vida primitivas. Durante su mandato, fueron creados cinco nuevos parques nacionales situados en los Estados de Oregon, Dakota del Sur, Dakota del Norte, Oklahoma y Colorado. Sin embargo, su fuerte inclinación por el progreso de las industrias norteamericanas daría cierto eclecticismo a sus ideas conservacionistas. En 1901, en ocasión de su primer mensaje anual al Congreso norteamericano, Roosevelt sostenía:

[...] la protección de la naturaleza no puede constituir un fin en si mismo. (...) La conservación del wilderness debe ser un medio para aumentar y mantener los recursos del país y para proveer a las industrias que dependan de ellos". Más adelante, en el mismo discurso, manifestaba *"la esperanza de mantener reservas del desierto para las criaturas salvajes* (Roosevelt, *First annual message*, en Works 17, 118 - 120, cit. en Nash 1967: 163).

El sentido de la postura conservacionista de Roosevelt reaparecería dos años más tarde, al referirse a la explotación de los bosques:

El objetivo de una política forestal no es preservar los bosques porque ellos sean hermosos -aunque esto fuese bueno en si mismo-, ni conservarlos por ser el refugio de los animales salvajes del desierto -aunque esto también fuese bueno en si mismo-. El objetivo primario de una política forestal es la construcción de casas prósperas. La política forestal es parte de nuestra política de construcción del país (Roosevelt, *The forest problem*, en Works 18, 127, cit. en Nash, 1967: 163).

Hacia finales de su mandato presidencial, la conservación del wilderness sería puesta a prueba durante los sucesos de la llamada "controversia del valle de Hetch Hetchy". Para la ciudad de San Francisco, un problema vital era la falta de una fuente permanente de provisión de agua. La construcción de un embalse en el valle de Hetch Hetchy constituía una solución para la cuestión. Además, podría aprovecharse para la generación de energía hidroeléctrica. Pero el valle de Hetch Hetchy era parte del Parque Nacional Yosemite, creado en 1890. Esta cuestión condujo a una fuerte controversia situada alrededor del propósito de la conservación del desierto.

El grupo liderado por Gifford Pinchot sostenía la conveniencia de su uso como fuente para el abastecimiento de agua y energía hidroeléctrica. En la oposición, el grupo liderado por John Muir proponía buscar agua en otra parte.

Muir, uno de los líderes del movimiento conservacionista norteamericano (llamado “el publicista o divulgador del desierto”), definía a la naturaleza como “la sagrada escritura de Dios”.

En un principio, Roosevelt, aunque dubitativamente, estuvo a favor de la conservación del desierto. El pedido para su uso efectuado por James D. Phelan, *major* de San Francisco, fue negado a través de la Secretaría del Interior, repartición a cargo de los Parques Nacionales. Sin embargo, el terremoto y posterior incendio sucedidos el 18 de abril de 1906, haría cambiar de postura al gobierno federal. El Secretario del Interior James R. Gardfield aprobó la iniciativa el 11 de mayo de 1908. En última instancia, la concepción utilitarista de la naturaleza había triunfado. La ocasión fue aprovechada por Muir y sus seguidores. Frente a la autorización emanada del gobierno federal, pusieron en marcha una campaña de protesta nacional para concientizar a la población acerca de la conveniencia de conservar el área en cuestión.

El caso del valle de Hetch Hetchy puso de manifiesto tres posturas referidas a la conservación del *wilderness*. La corriente utilitarista estaba situada en una percepción del desierto como fuente de recursos para satisfacer las necesidades materiales de la sociedad. La ortodoxia conservacionista, adscripta a una valoración simbólica, en la que el desierto era percibido como santuario, fuente de espiritualidad. Entre ambas posturas, el eclecticismo de Roosevelt, para quien *la compuerta de la protección del desierto se abre o cierra según las circunstancias*. Todas, sin embargo, contribuyeron a promover la idea de una estrecha vinculación entre el desierto y el interés nacional. En síntesis, la discusión respecto del desierto estaba centrada en el uso de sus recursos naturales y aquella representación colectiva como ambiente hostil y hábitat de la barbarie, había sido masivamente reemplazada por una apreciación favorable, más allá de las distintas posturas valorativas.

El desierto y la cultura nacional

Si el gobierno federal había luchado por la incorporación del Oeste al patrimonio territorial del Estado Nación y los colonos pioneros, a pesar de los peligros, habían sentado la soberanía norteamericana en el desierto, las clases medias contribuirían a promover una ideología ética y estética para el *wilderness*.

Las connotaciones adscriptas al desierto referidas a la formación del carácter nacional norteamericano, impulsaron a la sociedad en la búsqueda de formas de retener su influencia en la civilización moderna y recrear las condiciones de vida de los pioneros.

La idea del *wilderness* había sido adaptada funcionalmente a las condiciones de un nuevo contexto histórico. *Ellos vieron en el desierto lo que quisieron ver*. Para una sociedad en pleno movimiento ascendente, los parques nacionales jugarían un papel clave en la conquista

espiritual de aquella formidable extensión territorial incorporada al dominio del Estado Nación norteamericano.

En concordancia con dicho imaginario social, un creciente número de norteamericanos realizaron inversiones inmobiliarias en el “país salvaje” para admirar y contemplar el escenario del desierto y promover un estilo de vida en contacto con la naturaleza. La soledad experimentada por conquistadores y colonos pioneros de aquella enorme extensión de tierras, constituía ahora para sus nietos un sentimiento atractivo como un imán. El ciudadano norteamericano de clase media había llegado al *wilderness* y con él, la perspectiva del “vacacionista”, la nueva figura de una tipología humana entendida en su relación con el territorio.

En pos del mantenimiento del “*frontier way of life*” y de la construcción de una cultura nacional del *wilderness*, el Parque Nacional Yellowstone y los parques posteriormente establecidos fueron apreciados como reservas alegóricas del desierto, de la vida de la frontera y de los pioneros de la nación norteamericana. Los antiguos parques y los nuevos por crearse constituirían una estrategia adecuada para conservar “*una frontera permanente*” como fuente de inspiración para las futuras generaciones. Junto a las áreas protegidas, otras manifestaciones tales como la corriente interesada en la conservación de sitios de valor histórico y el surgimiento de los movimientos juveniles orientados a la vida en contacto con la naturaleza contribuirían a la conquista espiritual del territorio. El mito del *wilderness* permanecerá en el imaginario norteamericano durante gran parte del siglo XX y aún hoy puede ser descubierto en muchas manifestaciones políticas, sociales y culturales contemporáneas.

ARGENTINA Y SU CONCEPTO DE “PARQUE NACIONAL”

De igual manera que para la experiencia norteamericana y en plena coincidencia con la mentalidad de una generación de hombres abocados a la organización definitiva del país, las nociones de “territorio” y “territorialidad” (expresiones geográficas de estrecha vinculación conceptual con la idea de Estado Nación) atravesarán la etapa fundacional de los parques nacionales argentinos.

El origen de las áreas naturales protegidas y el proceso conducente a su institucionalización en la esfera de acciones nacionales estatales coexistirán coherentemente con otras acciones situadas alrededor de la problemática de consolidación del Estado Nación argentino:

- dominar efectivamente vastas extensiones territoriales en posesión de grupos indígenas;
- solucionar diferendos limítrofes suscitados por las pretensiones territoriales de nuestro país y otros Estados Naciones vecinos;

- montar un andamiaje jurídico para el ejercicio del control territorial;
- construir un dominio social para la nación mediante el ejercicio de funciones anteriormente asumidas por particulares, instituciones sociales u otras jurisdicciones político-administrativas;
- configurar una identidad colectiva nacional como forma de cohesión social;
- integrar las economías locales a una economía nacional e insertarlas en el sistema capitalista bajo el esquema productivo de la división internacional del trabajo.

En el contexto de desenvolvimiento mencionado, el establecimiento de parques nacionales se produciría paralelamente a otros procedimientos dirigidos a la apropiación del territorio, tales como campañas militares, distribución de las tierras vacantes, fomento de la inmigración, programas de colonización y realización de obras estratégicas de infraestructura. La creación de estos distritos especiales habría sido concebida como una estrategia funcionalmente apta para contribuir a la construcción de una identidad de base territorial, el afianzamiento de la soberanía en zonas de frontera y el desarrollo de regiones recientemente incorporadas al patrimonio territorial de la nación.

En su carta del 6 de noviembre de 1903 dirigida a Wenceslao Escalante, ministro de Agricultura del gobierno nacional, refiriéndose a los motivos de donación de las tierras que luego constituirían el núcleo primitivo del Parque Nacional Nahuel Huapi, Francisco Moreno manifestaba la conveniencia de que la nación conservara la propiedad de determinados sitios de gran belleza escénica *"para provecho de las generaciones venideras, siguiendo el ejemplo de Estados Unidos y otros países"* que para entonces ya poseían parques nacionales. En su opinión, tales emprendimientos llegarían a ser *"centros de grandes actividades intelectuales y sociales"*, y por lo tanto, *"excelentes instrumentos para el progreso humano"*. A las apreciaciones mencionadas, Moreno agregaba su deseo de que *"la fisonomía del sitio no fuese alterada"* y que no se hiciesen más obras que *"aquellas que facilitarían la presencia siempre beneficiosa de visitantes a regiones incorporadas definitivamente a la soberanía de nuestro país y cuyo rápido y mediano aprovechamiento debía contribuir a la orientación de los destinos de la nacionalidad argentina"* (cit. en Moreno E. 1942: 281 - 283).

Junto a la intervención de Moreno y para la misma época, otro proyecto conservacionista se iría esbozando en la frontera argentino-brasileña. Charles Thays, arquitecto y paisajista de nacionalidad francesa, comisionado por el Ministerio del Interior de la Nación y el gobernador del Territorio Nacional de Misiones, había emprendido una serie de estudios para la protección y el aprovechamiento turístico de las Cataratas del Iguazú y para el establecimiento de una colonia agrícola y otra militar. La propuesta de Thays recogía anteriores iniciativas del gobierno brasileño, puestas en marcha parcialmente durante la última década del siglo XIX.

Cabe consignar que, más allá de sus particularidades, una serie de aspectos comunes caracterizan el proceso conducente a la institucionalización de Nahuel Huapi e Iguazú como las

primeras áreas protegidas de nuestro país: el establecimiento de parques nacionales es un procedimiento puesto al servicio de iniciativas vinculadas a la apropiación territorial; el Estado nacional es identificado como único agente legítimo para la creación, dirección y administración de tales emprendimientos; la acción de “conservar” es entendida implícitamente con un sentido de mantenimiento o recuperación de la propiedad pública de la tierra y de sus recursos naturales, condición necesaria para disponer su uso futuro con miras al desarrollo regional y el “progreso económico, social y espiritual de la nación”.

Fundados los proyectos conservacionistas Nahuel Huapi e Iguazú sobre los antecedentes arriba mencionados, las tres décadas siguientes estuvieron caracterizadas por el paulatino posicionamiento del turismo como actividad económica principal de San Carlos de Bariloche y Puerto Iguazú, poblaciones recientemente establecidas. Paralelamente, fueron elaboradas otras propuestas conservacionistas. A las nuevas intervenciones de Moreno y Thays, se agregó el proyecto de Bailey Willis, geólogo e ingeniero norteamericano contratado por el Ministerio de Obras Públicas de la Nación en el marco de la Ley de Fomento de los Territorios Nacionales.

Francisco P. Moreno

A través de la lectura de sus obras es posible constatar que la perspectiva de Moreno sobre los parques nacionales, no obstante la información disponible acerca de la temática en diversos países, está marcadamente influenciada por la evolución de la experiencia norteamericana. Al igual que Turner, Moreno hará un llamamiento a la sociedad argentina para la conservación de ambientes considerados “fuente” de la representación patriótica y será plena su adhesión a las políticas conservacionistas desarrolladas especialmente por el presidente norteamericano Roosevelt.

Moreno (1852-1919), transcurrida una década de su donación del núcleo primitivo del Parque Nacional Nahuel Huapi, como diputado nacional y presidente de la Comisión de Territorios Nacionales de la cámara baja, presenta dos iniciativas legislativas referidas a las áreas protegidas.

En su proyecto “Parque Nacional del Sur” (25 de septiembre de 1912), Moreno fija sus límites espaciales y encomienda al gobierno nacional la expropiación de terrenos en manos privadas situados dentro del perímetro establecido y el relevamiento topográfico, hidrográfico, geológico y botánico de la zona, para facilitar el aprovechamiento económico de sus recursos naturales en beneficio de la colectividad nacional. Sin embargo, Moreno compatibilizaba el establecimiento del parque nacional con la conclusión del tramo ferroviario entre San Antonio y el lago Nahuel Huapi, vital en su opinión “*para la seguridad y la grandeza de la nación*” y con la fundación de una ciudad industrial en la boca del río Limay, “*centro de irradiación de progreso*” para la región (Senado de la Nación Argentina 1995: 64 - 66).

En su proyecto "Parques y Jardines Nacionales" (28 de septiembre de 1912), Moreno promueve el establecimiento de una serie de áreas protegidas destinadas a la conservación del "*patrimonio natural y cultural de la nación*" para las futuras generaciones de argentinos. Estos sitios, calificados como "*altares de la religión de la patria*", favorecerían "*la comprensión de la historia y la fundación de anhelos colectivos*".

El proyecto que fundamos tiende a conservar para nuestros hijos lo que les hará comprender la genealogía de la Nación, en ambientes de ensueños, de descanso y de instrucción. [...] La educación moderna inculca que nada enseña más que el espectáculo de la naturaleza; que hay que completar la enseñanza en la escuela con la observación directa de los hechos naturales. El patriotismo marcha a la par del aprecio del ambiente físico nacional, sin el cual no puede comprenderse la historia ni fundarse anhelos colectivos. [...] Esta devoción por la naturaleza se asocia en todos esos casos a la devoción por la patria (cit. Senado de la Nación Argentina 1995: 79 - 83).

En la misma dirección, sus restantes iniciativas legislativas apuntaban especialmente al desarrollo de los territorios nacionales mediante la construcción de líneas férreas, la fundación de colonias agrícolas y la creación de reparticiones estatales de carácter científico. El memorando enviado el 30 de julio de 1917 al gobierno nacional para proponer la constitución de un "*superorganismo*" centralizador de las acciones abocadas al cumplimiento de tales propósitos es elocuente (Moreno E. 1942: 273 - 276).

Cabe consignar que para Moreno, figura central del origen de las áreas protegidas argentinas, esta temática tuvo una densidad relativamente débil en el marco general de sus actuaciones públicas. Los parques nacionales no fueron ni su principal ocupación ni su mayor preocupación. Como un novedoso instrumento de la civilización para "*penetrar el mundo bárbaro y poseerlo*" (hacerlo suyo conceptual y materialmente), el establecimiento de parques nacionales está puesto al servicio de su designio colonizador. Guiado por un afán permanente de contribuir a la empresa "civilizadora", Moreno es fiel representante de una época caracterizada por la aparición de una serie de instituciones que, aglutinando a un conjunto de políticos, militares y naturalistas en torno del denominador "geográfico", reconocían entre sí intereses compartidos cuya resolución aparecía ligada a la apropiación territorial: por un lado, la necesidad económica y administrativa de inventariar el patrimonio estatal; junto a éste, el problema geopolítico y militar de fijar las fronteras con los estados vecinos sin resignar, en lo posible, ninguna porción del legado territorial de la colonia.

Charles Thays y Bailey Willis

Thays (1849-1934), por su parte, en 1912 reelabora y amplía su proyecto original para el área de las Cataratas del Iguazú, poniendo a consideración del Gobierno Nacional su

propuesta definitiva de “parque-reserva”. En su diseño Thays incluía dos núcleos de población: el pueblo (con una forma acabada y sin posibilidades de expansión sobre otras áreas) y la colonia militar. Además, proyectaba como emprendimientos complementarios, una escuela de selvicultura, una quinta agronómica para cultivos experimentales, un conjunto de chacras y una estación zoológica para la conservación de la fauna existente y la aclimatación de especies exóticas. A efectos de respetar el estado natural del área más próxima a las cataratas, Thays proponía únicamente construcciones para infraestructura y equipamiento turísticos. Una línea férrea uniría el pueblo, la colonia militar y el parque para, finalmente, integrarse al resto del territorio misionero y articularse con los sistemas de transporte que en el futuro implementaran Brasil y Paraguay (Berjman y Gutiérrez 1985: 77-84).

Willis (1857-1949), al igual que Thays, recogía para su propuesta una iniciativa que, previamente esbozada por el ministro Ezequiel Ramos Mejía, estaba destinada a establecer en la boca del Limay la ciudad capital de una nueva provincia cordillerana extendida entre Junín de los Andes y la Colonia 16 de Octubre (Bustillo 1968: 385 - 403). Sin embargo, Willis no sólo recupera sino que avanza decididamente sobre el propósito de consolidación demográfica de la frontera mediante la relación establecida entre su proyecto conservacionista y la radicación de industrias de transformación de productos agropecuarios y de inmigrantes de origen europeo y norteamericano. Para Willis, el establecimiento de un centro urbano industrial era un paso previo a la conformación del parque nacional, y no a la inversa, porque aseguraría que no fuera “una colonia agrícola más” sino “un estado poblado con gentes progresistas” (cit. en Berjman y Gutiérrez 1985: 29).

En su proyecto de ley “Parque Nacional del Sud” (1913), Willis manifiesta públicamente sus ideas principales sobre los parques nacionales. En primer término, concebidos como espacios escénicamente bellos para uso principalmente turístico, los parques nacionales debían contar con un área de reserva absoluta y de dominio público destinada a propósitos “de interés nacional” y un área de reserva condicional en la que estuviese permitida la posesión y adquisición de tierras por parte de particulares; luego, advierte la necesidad de reglamentar la explotación forestal, las actividades agrícola-ganaderas, la caza y la pesca, así como también aquellas obras públicas necesarias para el aprovechamiento turístico; finalmente, el organismo público nacional identificado para la administración de los parques era la Dirección General de Territorios Nacionales (Ygobone 1953: 438 - 441).

Si bien en las intervenciones “técnicas” de Thays y Willis no es evidente el compromiso militante asumido personalmente por Moreno con el proyecto de apropiación territorial, sus aportes profesionales fueron puestos al servicio de emprendimientos caracterizados por la vocación mencionada.

Exequiel Bustillo

A diferencia de quienes promovieron originalmente la temática conservacionista en nuestro país, para Exequiel Bustillo (1893-1973) los parques nacionales fueron su mayor preocupación y su principal ocupación.

Sancionada la Ley Nacional N° 12.103 de Parques Nacionales, Bustillo es designado presidente de la Dirección de Parques Nacionales, cargo que ejercerá entre 1934 y 1944. Fiel depositario de la tradición temática de carácter territorial vinculada a las áreas naturales protegidas, Bustillo había ingresado a la escena a través de su participación como miembro de la Comisión Pro-Parque Nacional del Sur, entidad representativa del sector privado interesado en el desarrollo de la zona del Nahuel Huapi.

Bustillo liderará el proceso de institucionalización de los parques nacionales argentinos mediante la creación del organismo gubernamental nacional para su administración, el establecimiento definitivo de Nahuel Huapi e Iguazú como primeras áreas naturales protegidas del país y el ejercicio de la presidencia de la repartición oficial mencionada durante el período 1934-1944. La creación de los nuevos parques nacionales Los Alerces, Perito Moreno, Los Glaciares, Lanín y Laguna Blanca, cinco áreas naturales protegidas localizadas en la frontera argentino-chilena de la región patagónica, será reflejo de su representación del territorio nacional.

El trasfondo ideológico de su gestión estará apoyado en la imagen paradigmática de Julio Argentino Roca, su conquista del desierto y la premisa alberdiana “gobernar es poblar”. En concordancia con las políticas sobre recursos naturales promovidas por el gobierno norteamericano, su conservacionismo ecléctico es entendido como aquella posición que, “sin abandonar el culto de la naturaleza y la preservación del paisaje auténticamente virgen, no descuida otras conveniencias de la Nación, ni menos la sacrifica al fanático culto de un simple dogma” (Bustillo 1968: 379). Trasladada esta postura conservacionista a la Dirección de Parques Nacionales, los ejes políticos principales de su gestión estuvieron situados alrededor de dos propósitos fundamentales: promover el turismo y consolidar demográficamente la frontera argentino-chilena en su sector patagónico. Ambos, sin embargo, perseguían el fin último de afirmar definitivamente la soberanía nacional sobre vastas extensiones territoriales, en su opinión, abandonadas por la acción de gobiernos “demagogos e ineficientes”.

Conservar la naturaleza en su estado virgen, preservar la belleza del paisaje y procurar el rápido acceso del pueblo constituía, sin duda, nuestra función legal; pero no por ello había que descuidar una soberanía teórica, ejercida con desgano y que, jaqueada constantemente, se hacía urgente apuntalar, dándole bases más sólidas como para obtener su arraigo definitivo e inmovible. Una política de más alargo aliento que la simplemente específica se imponía así

a nuestro sentir de argentinos, como para que, sin desnaturalizar la institución, nos permitiese cumplir con el sagrado deber de defender el alto interés nacional comprometido por una situación a la que a todas luces convenía poner punto final (Bustillo, 1968: 14).

Para Bustillo, por una parte, la conjunción entre parques nacionales, turismo y desarrollo regional es una secuencia lógica irrefutable: el paisaje estaba llamado a ser motivador de corrientes turísticas; la prestación de servicios turísticos, identificada como base socioeconómica de núcleos urbanos permanentes, impactaría positivamente en otras actividades a causa de su “efecto multiplicador”; estos centros turísticos, transformados en verdaderos “polos de desarrollo”, propiciarían el progreso regional mediante la expansión del comercio y la industria.

Por otra, asociado el afianzamiento de la soberanía territorial a la presencia nacional, la fundación de nuevos asentamientos humanos en el interior de los parques nacionales es concebida como forma adecuada de establecer puntos de apoyo para la ocupación fáctica de la frontera. Esta idea de resguardar el dominio territorial mediante el poblamiento es abrevada de la obra realizada por el mariscal Lyautey en el Marruecos francés. Este jefe militar había participado activamente en el mantenimiento de territorios bajo régimen colonial, mediante la “siembra” planificada de pueblos. Esta práctica defendía y propugnaba la expansión de las grandes potencias occidentales como factor positivo de “civilización”. La admiración de Bustillo por este “soldado” del imperialismo europeo es trasladada a la acción mediante la llamativa aplicación de políticas formuladas para territorios dominados y administrados por una potencia extranjera a áreas que, al menos desde un punto de vista formal, eran puestas bajo un régimen especial de conservación (Bustillo 1968: 277 - 278).

Esta particular manera de concebir la función principal de la Dirección de Parques Nacionales es confirmada por la ejecución de numerosas obras tendientes al desarrollo turístico de Nahuel Huapi e Iguazú y por la creación de cinco nuevas áreas protegidas localizadas en el sector patagónico de la frontera argentino-chilena. Pero, además, es una contribución a la consolidación de representaciones colectivas con connotaciones fuertemente territoriales: por una parte, los parques nacionales son definidos conceptualmente como zonas paisajísticamente bellas, geográficamente fronterizas y económicamente productivas; por otra, la región patagónica es míticamente asumida como un espacio “geopolíticamente estratégico y fuente de inmensas riquezas”, pero “poblacionalmente vacío, políticamente postergado y militarmente vulnerable” (Bustillo 1972).

Hacia 1943, mediante su proyecto de federalización de la frontera, Bustillo manifestará explícitamente que la Dirección de Parques Nacionales es la máscara institucional adecuada para “*neutralizar la política expansionista de Chile*”. Esta iniciativa confirmaba en la práctica su idea de conformar un “*Estado-Parque*”, emprendimiento *cívico-militar* situado en el sector

patagónico de la frontera argentino-chilena y extendido entre los lagos Aluminé y Argentino, con sus aldeas y ciudades, caminos, granjas y centros productivos. En su perspectiva, la creación de parques nacionales es un verdadero instrumento de colonización para la conquista definitiva del desierto.

CONSIDERACIONES FINALES

En el contexto de consolidación del Estado Nación y de desarrollo del capitalismo, un parque nacional fue un recorte territorial que, con todas las mediaciones implicadas, jerarquizó usos y significaciones estrechamente vinculadas al proceso de apropiación conceptual y material del territorio en detrimento de otras valoraciones posibles (subestimadas, ignoradas o convenientemente deformadas).

En Estados Unidos, el establecimiento de áreas protegidas no es una propuesta independiente del proyecto “civilizador” del “lejano oeste” sino que, por el contrario, lo refuerza, siendo una estrategia funcionalmente adecuada a sus propósitos. El patrón de localización de los parques nacionales fundados entre 1872 y 1916 (años de creación del Yellowstone y del *Nacional Parks Service*, respectivamente), por una parte, abona esta afirmación. Pero, por otra parte, y especialmente, la concepción del *wilderness* como espacio mítico de conformación del carácter del pueblo norteamericano, otorgan a estos distritos especiales un papel fundamental en la conquista espiritual del territorio nacional. Igualmente, en el caso argentino, más allá de sus propias particularidades, los parques nacionales están íntimamente relacionados al territorio y a sus representaciones propuestas por quienes, directa o indirectamente, entre finales del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX, construyeron una idea de nación determinada. A la luz de estas reflexiones (siempre provisionales y sujetas a futuras contrastaciones renovadas y cada vez más rigurosas), es lícito esbozar una serie de especulaciones acerca del desenvolvimiento de la temática vinculada a las áreas naturales protegidas. A modo de ejemplos, cabría preguntar:

¿Habrán percibido iguales valores fundacionales los proyectos conservacionistas de otros países, no obstante su inspiración en el modelo norteamericano de “parque nacional”? ¿Las áreas protegidas, como durante la etapa histórica analizada y más allá del objeto explícitamente construido (un distrito territorial “especial” con fines conservacionistas), podrían ser, en el marco del proceso actual de globalización y ante el achicamiento de la esfera de acciones estatales nacionales, máscara de usos y significaciones distintos a aquellos explicitados y difundidos como argumentos principales para justificar la necesidad de su creación? ¿Cuál es el papel desempeñado actualmente por el turismo y por los turistas? ¿Cuál es el contenido integral de sus percepciones como visitantes de estos espacios naturales? ¿Qué papel desempeñan las comunidades locales?

Pero, junto a estas especulaciones, resulta igualmente lícito sostener que el territorio, sobre su base físico-biológica, ha sido y es una fuente formidable de producción de valores culturales. Si hoy cada área natural protegida es apreciada como espacio de conservación de su biodiversidad, es igualmente válida su percepción como reservas alegóricas de la memoria de una tipología humana entendida únicamente en función del proceso de conformación de los territorios nacionales. La historia natural (visible mediante sus formaciones geológicas y sus especies naturales y vegetales autóctonas) y la historia cultural (asible a través de la memoria de pueblos originarios, exploradores, misioneros, conquistadores y colonos) son expresión de los valores, tanto materiales como inmateriales, de las áreas naturales protegidas.

En esta dirección, durante la celebración del Primer Congreso de Áreas Protegidas celebrado en la Ciudad de Córdoba (2003), Allen Putney, líder del grupo de trabajo sobre Valores No Materiales de las Áreas Protegidas de la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (UICN), sostuvo que “la dimensión mágica de las áreas protegidas es un tema del que no se habla, aunque sí se siente. Es la dimensión que provoca inspiración y penetra hasta el corazón y el alma de la persona. Nos hace recordar el susurro ancestral que habita en todo ser humano y que lo conecta con sus valores más profundos: la creación, lo sagrado, el sentido del lugar”.

Sin intención de emitir respuestas definitivas, estas reflexiones podrían constituir el punto de partida de nuevas investigaciones. El estudio de la génesis y el desarrollo de saberes vinculados al territorio y el ambiente puede constituir la fuente de nuevos conocimientos para re-pensar el significado de las áreas naturales protegidas, promover sus valores naturales y culturales y contribuir a su aprovechamiento turístico integral.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

APN – Administración de Parques Nacionales

2000 *Parques Nacionales: ayer, hoy y mañana*. APN, Buenos Aires

Barbosa, J. L.

1998 *Paisagens americanas: imagens e representações do wilderness*. *Espaço e Cultura* 5:43–53

Berjman, S. y Gutiérrez, R.

1985 *Patrimonio cultural y patrimonio natural: la arquitectura en los parques nacionales Nahuel Huapi e Iguazú hasta 1950*. Instituto Argentino de Investigaciones de Historia de la Arquitectura y del Urbanismo, Buenos Aires

Bustillo, E.

1968 *El despertar de Bariloche*. Casa Pardo, Buenos Aires

1972 *Huellas de un largo quehacer*. Ediciones Depalma, Buenos Aires

Costantino, I.

1972 *Origen, concepto y significación de las áreas naturales*. Servicio Nacional Forestal, Secretaría de Recursos Naturales Renovables, Ministerio de Agricultura y Ganadería, Buenos Aires

Emerson, R. W.

1999 *Naturaleza*. Errepar, Buenos Aires

Escolar, M.

1991 *Elementos históricos para una teoría de la diferenciación e integración territorial. Geografía política del Estado-Nación moderno*. Instituto de Geografía (UBA) – CEUR, Buenos Aires

Kearns, G.

1984 *Closed space and political practice: Frederick Jackson Turner and Halford Mackinder*. Vintage Books, New York

Ise, J.

1961 *Our national park policy: a critical history*. The Johns Hopkins University Press, Baltimore

Lippi Oliveira, L.

1994 *A América e a fronteira: Turner e Roosevelt*. Fundação Getúlio Vargas, Centro de Pesquisa e Documentação de História Contemporânea do Brasil, Rio de Janeiro

Lois, C. M.

1999 *La invención del desierto chaqueño. Una aproximación a las formas de apropiación simbólica de los territorios del Chaco en los tiempos de formación y consolidación del Estado nación argentino*. Scripta Nova (Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales), Universidad de Barcelona, Barcelona (www.ub.es/geocrit/menu.htm)

Marienstras, E.

1988 *Nous, le peuple. Les origins du nacionalisme américain*. Gallimard, París

Moreno, F. P.

1999a *Apuntes preliminares sobre una excursión al Neuquén, Río Negro, Chubut y Santa Cruz*. El Elefante Blanco, Buenos Aires

1999b *Viaje a la Patagonia austral*. El Elefante Blanco, Buenos Aires

Moreno, E. V. (recopilador)

1997 *Reminiscencias del Perito Moreno*. El Elefante Blanco, Buenos Aires

Nash, R.

1967 *Wilderness and the American mind*. Yale University Press, New Haven y London

Nelson, J. G., Needham, R.D. y Mann, D.L. (editores)

1978 *International experience with national parks and related reserves*. Waterloo, Ontario

Oelschlaeger, M.

1991 *The idea of wilderness. From prehistory to the age of ecology*, Yale University Press, New Haven y London.

Reboratti, C.

1999 *Ambiente y sociedad: conceptos y relaciones*. Ariel, Buenos Aires

Sack, R. D.

1986 *Human territoriality. Its theory and history*. Cambridge University Press, Cambridge

Saltalamacchia, H.

1992 *La historia de vida. Reflexiones a partir de una experiencia de investigación*. Centro de Investigación para la Juventud Puertorriqueña, San Juan de Puerto Rico

Senado de la Nación Argentina

1995 *Labor Parlamentaria del Perito Doctor Francisco P. Moreno (Proyecto del Senador Nacional Felipe Ludueña)*. Dirección de Publicaciones del Congreso de la Nación Argentina, Buenos Aires

Slotkin, R.

1986 *Myth and the production of history*. En *Ideology and Classic American Literature* (Bercovitch, S. y Jehlen, M. editors) Cambridge University Press, Cambridge, pp. 866-867

Smith, N. y Katz, C.

1993 *Grounding metaphor: towards a spacialized politics*. En *Place and the politics of identity* (Keith, M. y Pile, S., editores). Routledge, London

Souto, P.

1996 *Planificación, geopolítica y universidad*. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires

Svampa, M.

1994 *El dilema argentino: civilización o barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista*. Ediciones El Cielo por Asalto (Colección La Cultura Argentina), Buenos Aires

Swerdlow, J. L.

1998 *Exploración*. National Geographic en español 2 (2): 2 - 5

Thoreau, H. D.

1999 *Walden, o La vida en los bosques*. Errepar, Buenos Aires

Turner, F. J.

1986 *The frontier in American history*. Holt, Rinehart y Winston, New York

Turner, F. W.

1980 *Beyond geography: the western spirit against the wilderness*. The Viking Press, New York

UNESCO

2000 *El Patrimonio de la Humanidad*. Planeta de Agostini, Madrid

Ygobone, A. D.

1953 *Francisco P. Moreno, arquetipo de argentinidad. Contribución al estudio e investigación histórica, geográfica, económica y social del país*. Orientación Cultural Editores, Buenos Aires

Recibido el 15 de diciembre de 2004

Correcciones recibidas el 23 de marzo de 2005

Aceptado el 05 de abril de 2005

Arbitrado anónimamente

RECUPERACIÓN DEL PATRIMONIO CULTURAL COMO RECURSO TURÍSTICO

El poblado alfarero de La Atalaya – Gran Canaria – España

María del Pino Rodríguez Socorro*
Universidad de Las Palmas de
Gran Canaria - España

Resumen: *La Atalaya de Santa Brígida, en la Isla de Gran Canaria, España, cuenta actualmente con los últimos componentes personales de un patrimonio cultural que dio origen a la alfarería como un medio de vida o de subsistencia y cuyo hábitat es sumamente particular, ya que está constituido por casas-cuevas, y que mucho tiempo atrás fue uno de los lugares de visita obligada para los turistas que llegaban a la Isla de Gran Canaria. A través de la sintética descripción de sus características se pretende llamar la atención con el objeto de que pueda ser convertido en un recurso turístico que permita elevar la calidad de vida de sus pobladores.*

PALABRAS CLAVE: *patrimonio cultural, casas cueva, alfarería, identidad, turismo.*

Abstract: *Reclaiming Cultural Heritage for Tourism Use. The Pottery Town of La Atalaya, Grand Canary Island, Spain. La Atalaya de Santa Brígida on Grand Canary Island , Spain , retains all the personal touches of a cultural heritage which gave rise to pottery as a way of life or livelihood and where the housing is most unusual, being comprised of house-caves and which in times past was one of the favored tourist destinations for visitor to Grand Canary Island. As this thumbnail sketch shows, there is potential here for parlaying this rural community into a tourism resource that would enhance the quality of life of local inhabitants.*

KEYWORDS: *cultural heritage, hose-caves, pottery, identity, tourism.*

INTRODUCCIÓN

Hacia fines del siglo XX comenzaron a desarrollarse nuevos productos turísticos para satisfacer la creciente demanda producida por un giro importante en la forma y contenido de los mismos, asociado a cambios en los modelos sociales de los visitantes. Existe cada vez más, una mayor fragmentación de los periodos vacacionales a lo largo del año, la exigencia de calidad en el servicio ofrecido, así como un aumento de productos desarrollados en el medio rural y de productos culturales (Rodríguez Socorro 1999). Se ha podido observar que las razones que hacen que un visitante se desplace a un lugar ya no sólo pasan por el descanso vacacional sino por una mayor preocupación por el medio ambiente natural, la práctica de actividades durante su tiempo de ocio y la vinculación con la cultura del lugar visitado a través de un reencuentro con los valores sociales tradicionales. (Schlüter y Winter 2003).

* Licenciada en Geografía e Historia por la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, España, institución donde acaba de recibir el grado de Doctor y se desempeña como profesora en el Master Internacional de Turismo. E-mail: m-p-r-s@mixmail.com

Según Bote Gómez (1993: 65), *nos encontramos ante productos turísticos basados en la potenciación de lo auténtico*, es decir, el turista encuentra en el destino origen de su desplazamiento, los valores propios de la zona donde se localiza un patrimonio que atrae y asienta a un perfil de turista el cual reduce, de forma progresiva, sus hábitos de demandas de los productos del turismo masivo de sol y playa. Utiliza alternativas donde se muestran señas de identidad de un área.

Como lo señalan Vereda *et al.* (2002:93), actualmente el hombre se acerca cada vez más a los vestigios del pasado debido, probablemente, a que en ellos puede encontrar una fuente de identidad personal a expensas de los grandes e inquietantes cambios que se han producido en forma masiva.

Uno de los fenómenos sociales contemporáneos de más profundidad y proyección de nuestros días en que la conciencia de la identidad de las sociedades, asociada a la noción de continuidad parece que flaquea, es el despertar de movimientos sociales de reacción contra una sociedad, la actual, moderna, pragmática y consumista [...]. La sociedad contemporánea ha acelerado de una manera extraordinaria, en relación con otras épocas, el ritmo de producción de objetos gracias al progreso tecnológico y también de generación de desechos y aun el de destrucción de objetos subrepticamente convertidos en obsoletos (Ballart 1997:37).

En ese sentido, la elaboración de artesanía con técnicas rudimentarias en el poblado de casas-cuevas-talleres de La Atalaya constituye un valor incalculable para que los visitantes tengan el conocimiento del pasado del territorio, máxime si se trata de la zona industrial por excelencia, que abastecía a la totalidad de la Isla de Gran Canaria en materia de los elementos básicos de un hogar, prácticamente hasta bien entrado el siglo XX.

En todo caso, a diferencia de las grandes aglomeraciones urbanas donde impera lo artificial, éste tipo de comunidades rurales posee características sociales y culturales más armónicas, cargadas de datos donde la figura humana y sus experiencias vivenciales son el eje central de los productos turísticos diseñados. De esta forma, parece más coherente que los elementos intangibles puedan ser tomados en consideración, por parte de los planificadores turísticos locales e incluso, por parte del propio turista en el momento de definir cuáles son los lugares con mayor significado para representar el verdadero patrimonio cultural de la comunidad. El ser humano con su modo y estilo de vida propios, sus diferencias culturales y sociales circunscrito a su entorno natural caracteriza dicho patrimonio representativo por su propia esencia (Norriild y Paixão 2001).

Los turistas fijan cada vez con mayor frecuencia, un objetivo para sus vacaciones; y, es a partir de estas motivaciones que se deben elaborar los productos turísticos que incluyan una oferta complementaria. Se habla de un turismo cultural, rural, náutico, etc., cada uno de ellos

portador de productos susceptibles de responder a las aspiraciones de este perfil de turistas que visitan un destino.

Por lo tanto, la clave de este tipo de actividad turística como es el diseño de un itinerario temático dentro del poblado alfarero de La Atalaya, es el de responder a la demanda del visitante recuperando todos aquellos atractivos que, por su propio peso son primordiales para darle vida a un área rica en historia. Dicha recuperación supone mantener una cultura y una identidad, condición para entender de forma directa la herencia histórica de comunidades autóctonas.

En definitiva, de lo que aquí se trata es que los visitantes a lo largo de un itinerario creado por el interior del poblado alfarero puedan disfrutar de un patrimonio cultural “vivo”; observar como se desarrolló la vida de una población cuyo medio de subsistencia fue la cerámica y que tal y como señala Rabacchi (1997:6)

[...] los itinerarios son sólo un trozo de camino pero, si lo atravesamos con los ojos abiertos y con la mente despejada, parecerá un trozo de nuestras vidas.

Sin embargo, es necesario tener en cuenta a la población portadora de ese patrimonio, a sus necesidades y que sea ella la que se plantee o admita esas activaciones turísticas culturales de acuerdo a determinados parámetros.

Todo ello provoca dinámicas locales o comarcales de una extraordinaria complejidad en las cuales se solapan e imbrican las adhesiones identitarias y los intereses turísticos cuando no los económicos e incluso los antagonismos políticos y personales. Esta da lugar a unos procesos que, observados desde el exterior, pueden parecer confusos y contradictorios, ya que requieren un conocimiento minucioso del contexto social en que se producen (Prats 1997:47).

CARACTERÍSTICAS DEL ÁREA DE ESTUDIO

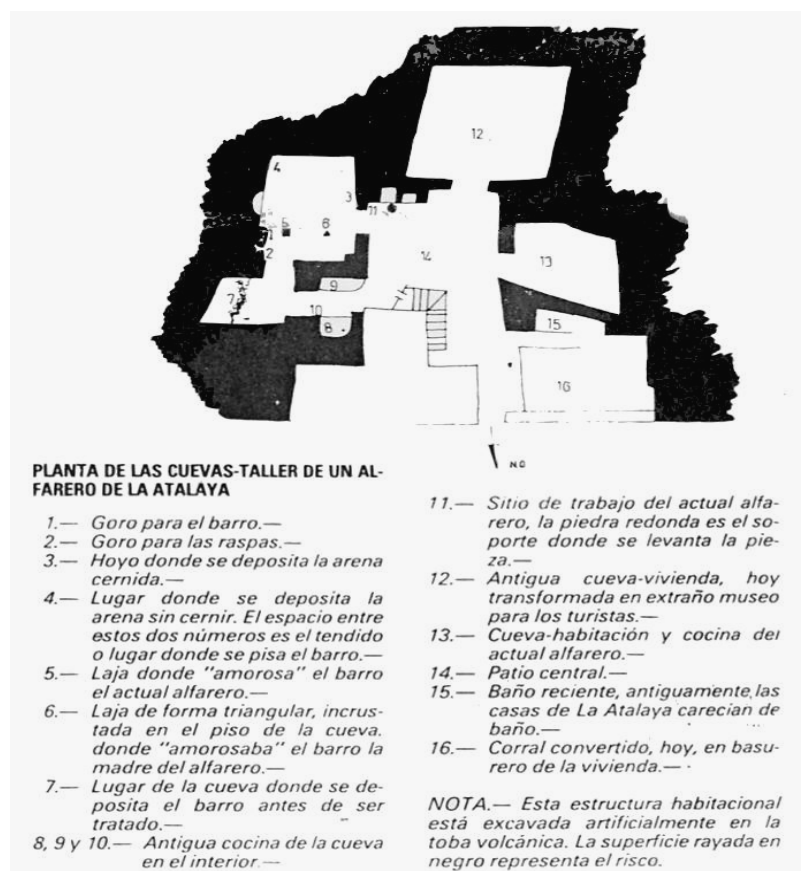
El poblado alfarero de La Atalaya se localiza en las cercanías del Monumento Natural de Bandama y próximo al cráter que lleva el mismo nombre; en una atalaya que domina el barranco de Las Goteras dentro del término municipal de Santa Brígida, en la Isla de Gran Canaria.

Al igual que sucediera con el resto del municipio, La Atalaya a lo largo del siglo XIX contaba con una distribución geográfica de la población de forma diseminada, concentrada mayoritariamente en casas-cuevas. De los 742 vecinos con que contaba Santa Brígida a comienzos del siglo XIX, el 32,7% vivían en cuevas. Según el recuento de Escolar (Lobo Cabrera y Quintana Navarro 2003:24) La Atalaya contaba entre 35 y 42 vecinos aunque debía

albergar mayor vecindario toda vez que el recuento incluía otros 165 vecinos residiendo en las denominadas “cuevas traseras” y “cuevas delanteras” (ver Figura 1), parte de las cuales correspondían al pago alfarero. En el primer decenio del siglo XX y según la crónica de un viajero español (Herrera Piqué 1979:119),

“Allí diseminadas...se encuentran las casas en que viven los 564 habitantes de aquellos contornos montañosos llenos de barrancos y torrentes, dedicados casi exclusivamente a la fabricación de pucheros y útiles de barro”.

Figura 1: Cueva Taller de La Atalaya



Fuente: Cuenca Sanabria 1981:109

Durante este período ya comenzaron a edificarse las entradas de las cuevas. Y en los años cuarenta, la edificación era ya bastante intensa además de la expansión del barrio.

En el presente todo el barrio ha sido transformado para adaptar las cuevas a los parámetros contemporáneos de habitabilidad, aunque en el interior de las viviendas se siguen utilizando las cuevas de antaño. Sin embargo, cuenta el poblado con rasgos tan diferenciadores que, por sí sólo, constituye un recurso turístico más que suficiente para ser origen de visita puesto que lo que se destaca es la identidad del destino (Fotografía 1).

Fotografía 1: Poblado alfarero



Fuente: M. P. Rodríguez Socorro

El poblado constituye un valioso y único documento que se ha preservado al paso de los siglos. Se trata, por tanto, de un auténtico fósil vivo, un túnel del tiempo constituyendo uno de los valores más representativos del patrimonio etnográfico-cultural de este municipio. El patrimonio construido ligado a esta actividad que se mantiene en activo es rico y completo. Así se ha conservado algunos hornos (Fotografía 2) que servían para uso mancomunado de varias familias alfareras.

El hábitat

La loza tradicional de la Isla de Gran Canaria, observada dentro de su contexto social-cultural (Cuenca Sanabria 1983:21) tiene en La Atalaya de Santa Brígida uno de los puntos mas destacados de referencia donde en la actualidad perdura la tradición artesanal. A ello hay que añadir la importancia arquitectónica e histórica de ciertas construcciones artificiales que todavía se conservan en La Atalaya: las casas cuevas-vivienda (Fotografía 3) y talleres abiertos por el hombre en la toba volcánica y los hornos de construcción antigua.

Fotografía 2: Típico horno de barro



Fuente: M. P. Rodríguez Socorro

A este respecto se sabe que los aborígenes de Gran Canaria aprovechaban la fácil estructura de la toba para la fabricación de sus viviendas. Torriani (Cuenca Sanabria 1981:108) describe el modo de fabricación de sus cuevas a comienzos del siglo XVII:

También tuvieron los canarios otras moradas más antiguas, bajo tierra...que hasta hoy mantienen su perpetua duración. ... las cavaban en la toba o en la tierra, sin madero ni hierro ni otro instrumento, sino con huesos de cabra o con piedras muy duras...

Aunque la cerámica era famosa en toda la Isla y aun reconocida en el extranjero a través de los testimonios de los viajeros que pasaban por allí, sus habitantes vivían en medio de una gran pobreza. Ya a finales del siglo XIX hubo visitantes extranjeros, como el caso de Olivia M. Stone, que no dudaron en acercarse para contemplar el poblado troglodita: Al mismo tiempo que les espantaba la miseria en la que vivían sus habitantes, también observaron las maravillosas vistas que ofrecía el paisaje. Pero, sobre todo, quedaban asombrados de la habilidad con la que se elaboraba la cerámica en La Atalaya:

Fotografía 3: Interior de una casa-cueva taller



Fuente: M. P. Rodríguez Socorro

La alfarería es muy simple y primitiva. Nos invitaron a entrar en una cueva. La única luz penetraba por la puerta abierta. A nuestra izquierda había un cerdo, rodeado por un muro muy bajo de piedras, y al fondo, en una esquina, había un montón de tierra de grisácea. Sentada sobre el suelo con las piernas cruzadas, en el centro de la cueva, había una anciana. Delante tenía una piedra lisa... a un lado, una masa informe de barro gris y al otro, un cuenco de barro lleno de agua. [...] La mujer estaba acabando un cántaro y le preguntamos si no le importaba empezar otro para que pudiéramos observar todo el proceso, y aceptó inmediatamente. Tomando un trozo de arcilla y humedeciéndolo, rápidamente lo amasó con las manos formando una bola y, después, colocándola sobre la piedra, la extendió, presionándola hasta darle forma de cuenco... (Stone 1995:177).

Las cuevas viviendas-talleres abiertas por el hombre en la toba volcánica ha sido el escenario donde se ubica este patrimonio cultural y que actualmente algunas personas ancianas del lugar recuerdan al pasar por la entrada de antiguas y hoy abandonadas cuevas, quienes fueron sus antiguas dueñas, señalando incluso aquéllas donde se hacía la mejor alfarería del lugar.

Antecedentes: La cultura Guanche

Han existido diferentes opiniones acerca del origen de los guanches pero la teoría más dominante es que los primeros pobladores en Canarias eran cromañoides y protomediterraneos procedentes del norte occidental de África (Hernández 1999:148).

Aislados de la influencia cultural de otros pueblos, vivían en pleno neolítico. Desbastaban la piedra obteniendo ruedas de molino, cuchillos de obsidiana, etc. Modelaban el barro en la construcción de vasijas y cuencos. Elaboraban punzones, espátulas y agujas de hueso, armas y bastones de madera. Su sistema de vida era fundamentalmente pastoril, aunque también hacían faenas agrícolas cultivando la cebada y el trigo, que tostaban y molían, obteniendo la harina de gofio. Vivían fundamentalmente en cuevas aunque también construían chozas. Se vestían con pieles.

A este respecto y, a pesar de que Gran Canaria fue la Isla receptora más importante de los distintos pueblos y culturas que llegaron desde la época prehistórica hasta la primera mitad del siglo XX, La Atalaya fue uno de los sitios más singulares y curiosos de Gran Canaria. Aquí, este poblado troglodita albergaba a una población que se había mantenido al margen de la civilización y que guardaba el secreto de la cerámica isleña. Era a mediados del citado siglo cuando aún los habitantes de este pago rural y artesanal apenas mantenían contacto con el resto de la Isla. Sus relaciones exteriores y desplazamientos eran esporádicos y siempre motivados por el intercambio comercial. Como consecuencia de este aislamiento se produjo en La Atalaya un elevado grado de endogamia, siendo muy poco frecuentes los matrimonios celebrados entre hombres y mujeres de otras localidades (Pamplona 1992:3). Sus habitantes vivían en cuevas excavadas en la roca al igual que otras comunidades aborígenes de la Isla en lugares como Acusa, Artenara, Cuevas de los Frailes y los "riscos" humildes de Las Palmas de Gran Canaria, donde desde el siglo XVII la población más pobre vivió en cuevas excavadas en las laderas próximas al antiguo casco urbano de la ciudad. En este sentido, no se descarta una procedencia prehistórica de los antiguos *talayeros* que, acaso, al igual que ocurrió en otros lugares de Gran Canaria, conservaron allí el hábitat peculiar de sus antepasados, como también prologaron la tradición alfarera del neolítico (Herrera Piqué 1979:118). Prueba de ello se encuentra en la elaboración de las actuales vasijas de barro cuyo método es el mismo que conocían las alfareras aborígenes antes de la llegada de los conquistadores. Hasta tal punto creció y se extendió la leyenda que rodeaba a la población de La Atalaya que un viajero del primer decenio del siglo XX relataba lo siguiente:

[...] vi fabricar algunos objetos de barro, y después penetré en alguna de aquellas casas, cuyo interior, sin otro techo que la roca viva, eran bastantes limpias y cómodas, pero reducidas a uno o dos cuartos... vive La Atalaya la vida primitiva, la guanche, y bien se puede afirmar que

por un rato vivimos en el pasado canario, pues los que allí moran... conservan el aire y facciones del pueblo aborigen (Herrera Piqué 1979:120).

Características de la cerámica

Se trata de una cerámica caracterizada principalmente por su extraordinario primitivismo, sin molde, el desconocimiento del torno del alfarero y el uso de instrumentos tan primarios como son: piedras (de barranco, llamadas lisaderas, heredadas de madres, abuelas, bisabuelas... para sacarle brillo a las piezas antes de quemarlas en el horno), cañas y materiales como el barro y arena (Machín Peñate 1983:15). Han sido las manos sumamente diestras que con inigualable destreza se convirtieron en el instrumento de mayor importancia y las que han creado esa singularidad que pervive hoy en día (Fotografía 4).

Fotografía 4: Loza característica de La Atalaya



Fuente: M. P. Rodríguez Socorro

Se recogía el barro y la arena de los lugares cercanos a las cuevas-taller. La arena, preferentemente en el barranco de Las Goteras y el barro en las cadenas de cultivo próximas al poblado, en La Concepción. El almagre (que consiste en óxido de hierro y que el alfarero reducía a polvo con el molino de mano y mezclándolo con agua se obtenía una masa más o menos pastosa para darle color a las piezas) se iba a buscar a la cumbre, a un lugar cercano a la Cruz de Tejeda. Esta última tarea era realizada principalmente por los hombres. En La

Atalaya de Santa Brígida se elaboraban fundamentalmente la vajilla que se utilizaba en la mayor parte de los hogares de la isla. *Muchas eran las madres que nos la encargaban como dote para sus hijas*, comentaba recientemente María Guerra, quien representa el final de unas de las sagas familiares de artesanos del barro más antiguas de cuantas poblaron la zona de La Atalaya. Con tan sólo siete años comenzó a tener contacto con el barro en el taller que llevaba su madre:

Trabajábamos todo el día y parte de la noche, cuando era necesario, antes no había para fregar más que los lebrillos, las tallas para el agua, las macetas también eran de barro y hasta las escupideras. Antes, La Atalaya entera trabajaba la loza; era un medio de supervivencia.

El análisis de la misma no ha llevado a confirmar que la cerámica era totalmente funcional adaptada perfectamente a las necesidades domésticas de las familias de amplios sectores rurales. La Atalaya producía la totalidad de la cerámica para todos los municipios de medianías.

Varias fueron las particularidades que observables en el ambiente desarrollado dentro del alfar, o lugar de trabajo del alfarero. Primero, y una vez que el material se encontraba en el lugar, la ubicación de la alfarera a la hora de trabajar el barro. Se colocaba de rodillas sobre el barro aunque en la actualidad, por la avanzada edad de las alfareras, se sitúa sentada frente a la laja o al lado a ella. Se trata de un soporte circular sobre el que se elabora la loza. Segundo, la mezcla utilizada con el almagre para obtener color y pintar la pieza bien a través de aceite de pescado o bien con orines. Hoy en día esto se ha perdido.

Organización social económica

Los recipientes elaborados en las cuevas talleres de esta localidad artesanal eran intercambiados por diversos productos en numerosos pagos y localidades de Gran Canaria, preferentemente en la costa este (Telde era un municipio de gran demanda) y sur (Ingenio y Agüimes), así como en las medianías y zonas montañosas del centro de la Isla.

La tradición industrial era tal que algunas referencias del siglo XVIII hablan de doscientas familias talayeras dedicadas al oficio de la alfarería, lo que da una idea de la importancia que alcanzó esta industria. Se trataba de una población pobre que, curiosamente, sólo bajaba la cabeza y pedía algo ante los turistas británicos. María Guerra recuerda como llegaban aquellos turistas:

Aparecían por el Puente de Las Goteras en coches piratas y nosotras, al verlos venir, preparábamos el taller y la loza. Una vez visitadas nuestras cuevas, les decíamos, ¡un peni, un peni!, para ver si nos daban algo de dinero.

A su vez, Carmen -hija de Juana Vega, nieta y biznieta de alfareras comenta:

Todo el mundo era pobre, en la cueva había una gallina, una cabra, un cochino, y nadie decía nada. Todos teníamos un estercolero (basurero) dentro de la casa, todos éramos pobres; esto es zona de gente pobre y nadie nos reíamos unos de otros. Éramos gente trabajadora y luchadora. Recuerdo cuando venían los turistas que se volvían locos para ver las cuevas, a ver la loza ¡y compraban mucha loza! Nos dejaban regalos, una tarjeta, un pañuelo y ¡hasta dinero! Nada más llegar los turistas al muelle, donde primero venían era aquí, esto era un sitio turístico, bueno mejor dicho típico. Antes no había cuarto de baño, cocina ni nada. Todo lo que tú ves es nuevo de 20-30 años hacia acá, ahora se tiene baño dentro de las casas, una cocinita y se vive mejor!

El lugar de venta en Gran Canaria fue el Mercado de Las Palmas, donde junto a los agricultores y ganaderos de la Isla ofertaban los diversos productos elaborados. Hasta no hace mucho tiempo, la vida de la alfarera era de lo más duro y mísera que se pudiera pensar.

La leña necesaria para la cocción de las piezas era difícil de hallar, teniendo que ir caminando hasta la Cumbre para “apañar” un pequeño “hace de leña” y traerlo a hombros junto al almagre, como si fuéramos una auténtica bestia (animal) (María Guerra).

La cerámica estaba muy mal pagada y ésta fue la razón por la que las alfareras preferían el trueque cambiando la loza por víveres, frutas y hortalizas de temporada: papas, millo, castañas o cualquier otro producto de la tierra. Además, la dedicación al oficio del barro era prácticamente exclusiva de las mujeres que iban transmitiendo sus conocimientos a sus hijas porque los hombres colaboraban en la dura tarea de proporcionar los materiales, la leña, el barro, el almagre, la arena, el guisado de las piezas y, a veces, la venta de las mismas. De ahí que se deba destacar el carácter matriarcal de su sociedad. Eran las mujeres las que se dedicaban a la alfarería y, por tanto, eran ellas las que sustentaban la economía familiar sumida en un ambiente de amplia miseria. De modo que la unidad doméstica giraba siempre en torno a las mujeres de la familia, siendo éstas las que aprenden desde niñas el oficio de la loza. La unidad doméstica no se rompía ni se alteraba, pues giraba en torno a un grupo permanente de madres, hijas y hermanas residentes que compartían los mismos intereses materiales y sentimentales. Esta idea fue corroborada en un trabajo del escritor de Gran Canaria, González Díaz, publicado en 1901:

[...] si las vieran venirse para Las Palmas los días de mercado, desgastando los caminos con su durísimo pie descalzo, un pie que ha adquirido consistencia pétrea...semejante a la pata de un dromedario. Recorre kilómetros y más kilómetros...sin dejarse vencer de la fatiga (Herrera Piqué 1979:119).

Eran entonces las mujeres las encargadas de elaborar una amplia gama de recipientes, como bernegales, jarras de gofio, tinajas para frutos secos, tostadores para el grano, gánigos, lebrillos, sahumadores, braceros, fogueros, hornillas, etc. Mujeres que poseían una remarcable belleza por sus rasgos, facciones y color de los ojos característicos de la población aborígen.

...líneas duras...macizas construcciones sin gracia, pero vistosas. Formas opulentas, colores sanos, recia musculatura, busto erguido, un escultor podría tomarlas de modelo para representar la fecundidad y la fuerza triunfantes. Fuertes y fecundas son, en efecto, como muy pocas mujeres... (Francisco González Díaz, en Herrera Piqué 1979:119).

Actualmente no queda prácticamente nada de esa realidad, excepto la última alfarera, María Guerra Alonso, y los recuerdos en las memorias de las más viejas, de las últimas descendientes cuando relatan los ecos de aquellas mujeres caminando por las estrechas sendas que rodean la montaña en busca de, lo que ellas llaman hoy, un medio de subsistencia, y un conjunto de cuevas que, si bien muchas de ellas han sido construidas en su parte delantera, el interior conserva la tipología de siglos atrás. Junto a esto, existe un grupo de jóvenes que intentan no perder la leyenda de los viejos alfareros y mantener vivas las formas y modos del pasado, ofreciendo a los visitantes la posibilidad de visitar la casa-cueva museo alfar de Panchito (Fotografía 5), el único hombre que dedicó toda su vida a la elaboración de la loza, y el centro alfarero, lugar de trabajo de los mismos.

Figura 5: Museo Alfar de Panchito



Fuente: M. P. Rodríguez Socorro

COMENTARIO FINAL

Ante la necesidad de preservar el paisaje del territorio locero de La Atalaya, en el municipio de Santa Brígida, considerado como patrimonio cultural y, utilizarlo como recurso turístico, se apuesta por la recuperación del patrimonio intangible, a través del mayor número posible de entrevistas, de los testimonios orales, de aquella memoria histórica que ha dado vida a una población, que no sólo es particular por las características de su hábitat sino también por sus señas de identidad. Éste será el primer paso para el diseño de un producto (un itinerario turístico temático), dentro de la actividad turística sostenible, donde el aprovechamiento óptimo de sus recursos, será la nota predominante además de la participación de la población para el desarrollo de la misma. De este modo, se creará un producto turístico nuevo, el cual servirá para dinamizar la población residente consiguiendo, de alguna manera, el mantenimiento y fijación de la misma, además de una mejora de su calidad de vida. Se realizará una aportación a la comunidad de dos formas: por un lado, ayudando a que no desaparezca el pago con su característica alfarera y, por otro lado, intentar arreglar los desequilibrios económicos y sociales producidos por el abandono de la actividad. *Todas las acciones se sustentan en que consideremos a la población local como la mejor custodia de un patrimonio que les pertenece* (Pamplona 1992:2).

Agradecimiento: A María Guerra Alonso y a Carmen por sus valiosos testimonios

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Ballart, J.

1997 *El patrimonio histórico y arqueológico: valor y uso*. Ariel, Barcelona

Bote Gómez, V.

1988 *Turismo en espacio rural. Rehabilitación del patrimonio y de la economía local*. Editorial Popular, Madrid

1993 *El turismo y la rehabilitación y conservación del patrimonio rural en España*. *Estudios y Perspectivas en Turismo* 2 :65-77

Cuenca Sanabria, J.

1981 *Cerámica Popular*. *Revista Aguairo*. *Caja Insular de Ahorros* (129):105-115

Hernández, P.

1999 *Natura y Cultura de las Islas Canarias*. Ed. Tabor Publicaciones. Tenerife

Herrera Piqué, A.

1979 *La Atalaya, antiguo centro locero de Gran Canaria*. *Revista Aguairo*. *Caja Insular de Ahorros* (113):118-120

Lobo Cabrera, M. y Quintana Navarro, F.

2003 *Historia de la Villa de Santa Brígida*, Tomo I-II. Editorial Ilustre Ayuntamiento de la Villa de Santa Brígida. Gran Canaria

Machín Peñate, A.

1983 *Alfarería, cerámica, loza*. Suplemento periódico *Canarias* 7.14-15

Norrild, J. y Paixão, D. (Editores Invitados)

2001 *Turismo rural*. Número especial *Estudios y Perspectivas en Turismo* 10:7-161

Pamplona, E.

1992 *Talayeras, mujeres de leyenda*. Suplemento A Pleno Sol-*Canarias* 7.2-3

Prats, L.

1967 *Antropología y patrimonio*. Ariel, Barcelona

Rabacchi, R.

1997 *Itinerari: Appennino Reggiano e Parco del Gigante*. Ed. Cierre Edizioni. Verona

Rodríguez Socorro, M. P.

1999 *Modelo de desarrollo turístico en las medianías de Gran Canaria, España*. *Estudios y Perspectivas en Turismo* 8: 251-273

Schlüter, R. y Winter, G.

2003 *Turismo. Una perspectiva empresarial*. CIET, Buenos Aires

Stone, O.

1995 *Tenerife y sus seis satélites*. Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria.

Vereda, M.; Salemme, M.; Daverio, M. E. y Alazard, S.

2001 *Recursos culturales y paisajes naturales. Una aproximación turística para la revalorización del patrimonio*. En *Turismo y Patrimonio en el Siglo XXI*, Schlüter, R. y Norrild, J. (coordinadoras). CIET, Buenos Aires, pp. 93-114

Recibido el 02 de noviembre de 2004

Correcciones recibidas el 31 de enero de 2005

Aceptado el 05 de febrero de 2005

Arbitrado anónimamente

Reseña de Publicaciones

TURISMO. ENTRE EL OCIO Y EL NEG-OCIO

Identidad cultural y desarrollo económico en América Latina y el MERCOSUR

Juana A. Norrild
Buenos Aires – Argentina

Octavio Getino. Ediciones Ciccus (Riobamba 67 2do. piso –C1025ABA- Buenos Aires, Argentina – e-mail: fundciccus@infovia.com.ar) y La Crujía (Tucumán 1999 –C1050AAM- Buenos Aires, Argentina – www.lacrujia.com.ar) ISBN 987-9355-12-11; 2002:286 páginas (tablas).

El libro ofrece un análisis crítico de la actividad turística latinoamericana y caribeña, haciendo hincapié en la historia de estas regiones y la constante explotación a la que han sido sometidas. En su intento por definir y comprender a la industria turística, “un mercado de elementos intangibles”, el autor la compara con la industria cultural. Caracteriza al turismo de estas zonas como *subdesarrollado* e intenta ofrecer algunas alternativas para su crecimiento.

Esta publicación está estructurada en tres partes. En la primera, se hace referencia a la importancia del turismo internacional y sus consecuencias, se define al turismo y se presenta al turismo como formando parte del tiempo de ocio. Asimismo, se establecen distintas tipologías turísticas, se analizan las motivaciones del turista y se señalan características del contexto turístico de América Latina y el Caribe. El autor hace referencia en la segunda parte al turismo en el mundo, colocando el acento en la situación de América Latina y el Caribe. El texto finaliza con una tercera parte donde se proponen algunas alternativas de desarrollo.

Al abordar la dimensión económica y social del turismo el autor afirma que en 1996 el turismo representó el 10,7% del Producto Interno Bruto (PIB) mundial (11,5% previsto para el 2006); empleó a 225 millones de personas, es decir, aproximadamente el 10% de la Población Económicamente Activa (PEA) mundial (385 millones previstas para el 2006); permitió la inversión en instalaciones y equipamiento de cerca de 700 mil millones de dólares; y recaudó miles de millones en materia de impuestos. Con base en estos antecedentes deduce que el incremento del turismo reporta un claro beneficio a la economía, al empleo y a las recaudaciones fiscales de los Estados.

Por otra parte, la fuga de divisas a través del turismo emisor fue uno de los problemas que algunos países intentaron resolver después de la Segunda Guerra Mundial. Estados Unidos de

América y Gran Bretaña intentaron frenar la fuga de divisas originadas por la salida anual de millones de turistas utilizando medidas restrictivas que resultaron ineficaces. Por lo tanto, fueron a buscar el dinero en donde se gastaba, lo que dio origen a las empresas multinacionales. En la medida que las grandes potencias probaron el éxito económico del nuevo recurso, muchos países subdesarrollados volvieron lo ojos hacia él con el propósito de reducir los crecientes problemas de las balanzas de pagos, el subempleo y las limitaciones del producto interno bruto.

Al hacer referencia al turismo como parte del tiempo de ocio, Getino aplica un particular enfoque marxista al análisis y establece que cuanto más grandes sean los derechos que una sociedad ejerza sobre su tiempo de trabajo, mayores serán los serán los de su tiempo libre.

Con el objeto de legitimar el ocio, el autor se remonta al *homo sapiens* griego quien se dedicaba al cultivo del cuerpo y de la inteligencia; y muestra cómo en esa época anterior a Cristo el trabajo era considerado un mal necesario. Luego avanza sobre la era capitalista y su valoración de las aptitudes laborales, considerando al ocio como un obstáculo para el desarrollo de la sociedad. El autor considera que el turismo no define tanto a una actividad determinada sino que expresa una manera, entre muchas otras, de utilizar el tiempo no remunerado, tiempo libre o tiempo de ocio. Sin embargo, la Organización Mundial del Turismo (OMT) define al turismo como las actividades que realizan las personas durante sus viajes y estadias en lugares diferentes a su entorno habitual durante un tiempo consecutivo menor a un año con fines de ocio, negocios y otros. Sobre este tema el autor se plantea si se pueden equiparar los fines del ocio y los del *neg-ocio*.

Asimismo, al comparar Getino a la industria turística con las industrias culturales señala que éstas últimas operan simultáneamente con dos componentes inseparables: el producto tangible, que en el caso del turismo serían los objetos que el turista puede adquirir (artesanías, souvenir, alimentos, vestuario), y el contenido intangible, que en el turismo sería la percepción de los escenarios naturales, ciudades, edificios, monumentos, costumbres. Ambas industrias intercambian servicios y actividades y, ocasionalmente, objetos.

El autor ubica al turismo caribeño y latinoamericano un contexto físico y lo complementa con un interesante abordaje histórico. Señala que las elites comenzaron a revalorizar a la cultura americana sólo cuando vieron la posibilidad de lucrar con ella, es decir con la introducción del turismo. Esta es la razón por la cual la valoración cultural es impuesta nuevamente desde afuera y no constituye un proceso que surge del interior de la población. Respecto al contexto económico de la industria turística de América Latina y el Caribe, afirma que el turismo nace como una tabla de salvación en el marco de la improvisación dominante con el objeto de solventar las dificultades de falta de divisas y de capital, así como la escasez

de mercados. No obstante, considera que los grandes volúmenes de dinero son manejados por las empresas transnacionales.

Al referirse a los efectos del turismo internacional, el autor señala que por lo general los teóricos enfocan al tema desde el punto de vista de la sociedad receptora y no mencionan los efectos de la utilización del recurso por parte de la población que se vale del mismo. Para analizar los efectos los discrimina en impactos socio-económicos, socio-culturales y socio-ambientales.

En la segunda parte del libro Getino hace referencia a dos grandes temas, el turismo en el mundo y la actividad turística en América Latina y el Caribe. Es una sección dedicada exclusivamente a mostrar diferentes estadísticas donde el MERCOSUR tiene un espacio. En la tercera y última expone algunas alternativas de desarrollo. Considera que hablar de turismo en los países dependientes o relegados es hacerlo de un privilegio que relaciona a las clases acomodadas locales con importantes sectores sociales de las naciones dominantes; y que el modelo de desarrollo aplicado hasta ahora ha sido incapaz de armonizar los ritmos y las exigencias integrales de la naturaleza y de los hombres con las del desarrollo económico al que toda comunidad también aspira. Hace referencia al turismo social y cita las experiencias de Cuba y Venezuela. También realiza un extenso comentario sobre la experiencia europea y americana en materia de turismo rural, proponiendo experiencias que tiendan a redistribuir mejor los recursos económicos internos –o internacionales- en beneficio de los sectores rurales que más los necesitan.

En síntesis: *Turismo. Entre el ocio y el neg-ocio* es una muy valiosa contribución a la literatura sobre el tema. Se analizan temas que tal vez para un sector sean ampliamente conocidos pero se los presenta de una manera diferente, lo que hace que el libro sea particularmente ameno. Asimismo, analiza en profundidad la realidad latinoamericana y caribeña lo cual hasta ahora no se ha realizado con tanto detalle.

Quienes deseen contactarse con la autora de la reseña podrán dirigirse a: janorrild@hotmail.com.

Aceptado para su publicación el 07 de enero de 2005